



HISTORIAS EN YO MAYOR 4

4to Concurso de Cuento y Narración Oral
HISTORIAS EN YO MAYOR

4to Concurso de Cuento y Narración Oral Historias en Yo Mayor

Organiza
Fundación Saldarriaga Concha
Fundación Fahrenheit 451
El Espectador

En alianza con
Instituto Distrital de las Artes, Red Capital de Bibliotecas de Biblio-
Red, la Red de Bibliotecas de Colsubsidio, el Sistema de Bibliotecas
Públicas de Medellín, la Red de Bibliotecas Públicas Comunitarias
de Santiago de Cali, Corporación para la Recreación Popular de
Cali y la Red Departamental de Bibliotecas del Quindío

Antología, corrección de estilo y compilación
Javier Osuna, Mauricio Díaz y Sergio Gama

Jurados del concurso
Categoría Cuento: Amparo Osorio y Juan David Torres
Categoría Narración Oral: Johana Bahamón y Jorge Cao
Categoría Herencia de mi Pueblo: Juan Manuel Echavarría y
Daudet Salgado

Diseño
Mobs Audiovisual

©Varios autores.
ISBN 978-958-57084-7-1
Primera edición, 2015

Impreso por ESCALA S.A.
Impreso y hecho en Colombia

Índice

Agradecimientos	9
Prólogo.....	13

Laboratorios de Escritura y Memoria

Descripción de los laboratorios	17
Mapa (puntos de los laboratorios).....	19
Galería fotográfica.....	21

Herencia de mi Pueblo

Descripción de la categoría.....	33
Palabras del jurado.....	35
Perfiles y reseñas de ganadores Herencia de mi Pueblo.....	37
Galería fotográfica.....	39

Yo Mayor en la Web

Descripción de la categoría.....	51
Ganadores Yo Mayor en la Web.....	53
Mi madre - abuela.....	55

Por: Carmen Andrea Pinzón Escobar

Narración Oral

Descripción de la categoría.....	59
Palabras del jurado.....	60
Ganadores Narración Oral.....	62
Galería fotográfica.....	65

Cuento Escrito

Descripción de la categoría.....	73
Palabras del jurado.....	75

Ganadores

La hija del Jaguar.....	79
<i>Por: Inés Elvira Rivas Patiño</i>	
El Faquir y la Muralla China.....	87
<i>Por: Gilberto Jiménez Quintero</i>	
Asina.....	89
<i>Por: María Lucy Perico Camargo</i>	

Menciones de Honor

Viaje inesperado.....	95
<i>Por: Beatriz Eugenia Camacho</i>	
Dance me to the end of love.....	103
<i>Por: Umberto Senegal</i>	
El regreso.....	111
<i>Por: Efraín López Mogollón</i>	
Dos amigos.....	119
<i>Por: Carmen Elisa Benavides</i>	

Cuentos finalistas

Celos, pasión fatal.....	125
<i>Por: Oscar Benjumea Gómez</i>	
El lobo de mar.....	129
<i>Por: Juan Manuel Jaramillo González</i>	
El hallazgo.....	135
<i>Por: Aldo Fernando Forero Góngora</i>	
Me pregunto qué seré.....	139
<i>Por: Margarita Torres González</i>	
La vieja Winchester.....	141
<i>Por: Heriberto Vargas Sánchez</i>	
Sueño cumplido.....	149
<i>Por: Guillermo Salazar Jiménez</i>	
Chao, tranvía.....	157
<i>Por: Ramiro Hernández Restrepo</i>	
Las momias.....	161
<i>Por: Rosa María Arroyave Martínez</i>	
¿Viste que te ibas a reír?.....	165
<i>Por: Ana Cecilia Aguirre Guzmán</i>	
La Victoria Regia.....	171
<i>Por: Carlos Álvarez León</i>	

Agradecimientos

Este libro y DVD no hubieran sido posibles sin el apoyo de muchas personas e instituciones. En primer lugar, las bibliotecas y centros culturales de Bogotá, Medellín, Cali, Versalles, el departamento del Quindío y varias regiones de los Montes de María. La Cámara Colombiana del Libro, la Secretaría de Integración Social (con los Centros Día), la Feria Internacional del Libro de Bogotá, La Red Capital de Bibliotecas de BiblioRed, la Red de Bibliotecas de Colsubsidio, el Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín, la Red de Bibliotecas Públicas Comunitarias de Santiago de Cali, la Corporación para la Recreación Popular de Cali y la Red Departamental de Bibliotecas del Quindío. Las personas que dirigen estos espacios han comprendido el objetivo del proyecto y dispusieron de su equipo físico y humano para incentivar la lectura, escritura y oralidad de las personas mayores. Así mismo, queremos dar las gracias a la Gerencia de Literatura del Instituto Distrital de las Artes que, desde el comienzo, han creído en esta iniciativa. Finalmente, agradecemos el apoyo incondicional de Antonia Casiani, María Herrera, Juliana Paniagua, Karina López, Patricia Alba, Ignacio Cerón y Diego Echeverri, quienes, desde sus regiones, fueron los motores que hicieron posible los talleres y el concurso de este año.

Otras personas sin las que este proyecto habría sido inviable: Colectivo de comunicaciones “Kucha Suto”, Mobs Audiovisual, Visiónar sonidos y eventos, Sexteto Tabalá, Alegres Ambulancias, Estrellas

del Caribe, Oriquitá Tabalá, Jacobeth Canoles, Kristian Sanabria, Carolina Trujillo, Francisca Castro, Jennifer Vargas, Raúl Harper, Omar Garzón, César Jaramillo, Leonarda de la Ossa, Gabriela Pinzón, Valentín Ortiz, Fernando Salazar, Miguel Rivera, Sandra Suescún, Fernando Araújo, Ana María Tobón, María Dolores Martínez, Johana Bahamón, Jorge Cao, Amparo Osorio, Juan David Torres, Juan Manuel Echavarría y Daudet Salgado.

Bibliotecas participantes:

Biblioteca Julio Mario Santo Domingo, Biblioteca El Tintal, Biblioteca El Tunal, Biblioteca Virgilio Barco, Biblioteca Bosa, Biblioteca La Victoria, Biblioteca Suba, Biblioteca Servitá, Biblioteca Arborizadora Alta, Biblioteca Las Ferias, Biblioteca La Giralda, Biblioteca Perdomo, Biblioteca Puente Aranda, Biblioteca Rafael Uribe, Biblioteca Lago Timiza, Biblioteca Venecia, Biblioteca La Peña, Biblioteca El Deporte, Biblioteca Colegio Colsubsidio Chicalá, Biblioteca Colegio Colsubsidio Ciudadela, Biblioteca Colsubsidio Usaqué, Biblioteca Colsubsidio Calle 63, Biblioteca Colsubsidio Ciudad Roma, Biblioteca La Marichuela, Biblioteca Carlos E. Restrepo, Biblioteca Julio Cortázar.

Biblioteca del Centenario, Centro Cultural de Cali- Sala Borges, Biblioteca Comunitaria La María, Biblioteca Corregimiento Montebello, Biblioteca Comunitaria Corregimiento La Buitrera, Centro Cultural Comuna 18, Biblioteca Temática del Deporte y la Recreación, Biblio-

teca Comunitaria Barrio San Luis, Desepaz, Central Didáctica del Val-
lado, Centro de Emprendimiento Cultural Comuna 13, Centro Cultu-
ral Comuna 1, Centro Cultural Comuna 20, Biblioteca Corregimiento
Cascajal, Biblioteca Comunitaria Corregimiento La Elvira, Biblioteca
Isaías Gamboa, Biblioteca Fundautónoma, Biblioteca Las Acacias, Bi-
blioghetto, Centro Cultural Biblioteca Nacederos, Biblioteca Comuni-
taria Carlos Alberto Duque, Centro Comunitario Yira Castro, Central
Didáctica Barrio la Casona.

Biblioteca Pública Piloto, Filial Biblioteca Familia, Filial Biblioteca
Tren de Papel, Filial Biblioteca San Javier La Loma, Filial Biblioteca
Raizal, Filial San Antonio de Prado, Filial Juan Zuleta Ferrer, Biblio-
teca Pública Popular N° 2, Biblioteca CREM Granizal, Biblioteca Santa
Cruz, Biblioteca Fernando Gómez Martínez, Biblioteca de Santa
Elena, Biblioteca El Limonar, Biblioteca La Floresta, Biblioteca San
Sebastián Palmitas, Parque Biblioteca San Javier, Parque Biblioteca
La Ladera, Parque Bibliotecas la Quintana, Parque Biblioteca Santo
Domingo, Parque Biblioteca Belén, Parque Biblioteca San Cristóbal,
Parque Biblioteca San Antonio de Prado, Parque Biblioteca Guayabal,
Casa de la lectura infantil-Casa Barrientos, Biblioteca Centro Occi-
dental

Biblioteca del Municipio de Armenia, Biblioteca del Municipio de Bue-
navista, Biblioteca del Municipio de Calarcá, Biblioteca del Municipio
de Circasia, Biblioteca del Municipio de Córdoba, Biblioteca del Mu-

nicipio de Filandia, Biblioteca del Municipio de la Tebaida, Biblioteca del Municipio de Montenegro, Biblioteca del Municipio de Pijao, Biblioteca del Municipio de Salento, Biblioteca del Municipio de Génova, Biblioteca del Municipio de Quimbaya, Biblioteca de Comfenalco, Biblioteca de la Universidad del Quindío, Biblioteca del Museo del Oro, Centro de Bienestar del Anciano El Carmen, Fundación Hogar Anita Gutiérrez de Echeverri.

Historias en Yo Mayor

Hace 4 años emprendimos un viaje por la memoria, la tradición y los relatos de la mano de las personas mayores de diversas regiones del país, teniendo como pretexto la realización de un concurso de cuento y narración oral. En este punto del recorrido, hoy podemos decir que *Historias en Yo Mayor* se ha ido arraigando en las ciudades e instituciones con las que hemos trabajado, como una estrategia integral para brindar una oferta creativa y de calidad a las personas mayores que frecuentan las bibliotecas y centros culturales de Bogotá, Cali, Medellín y el departamento del Quindío, y ahora también de San Basilio de Palenque y de Versailles, en el Valle.

Gracias a este proceso de maduración hoy contamos con iniciativas de formación como los Talleres Literarios, a través de los cuales se promueve la generación de capacidades en escritura y oralidad tanto para los mayores que asisten a las bibliotecas, como para los bibliotecarios y promotores quienes encuentran nuevas alternativas y herramientas para trabajar con la población mayor. De igual forma, hemos desarrollado los Laboratorios de Escritura y Memoria, que son la continuidad del proceso de formación y en los que, literalmente, los mayores se toman la palabra para recuperar y transmitir sus saberes e historias según las características e intereses de quienes los conforman.

Por otra parte, y reconociendo el aporte que tienen las personas mayores en la construcción de paz del país, hemos creado dos catego-

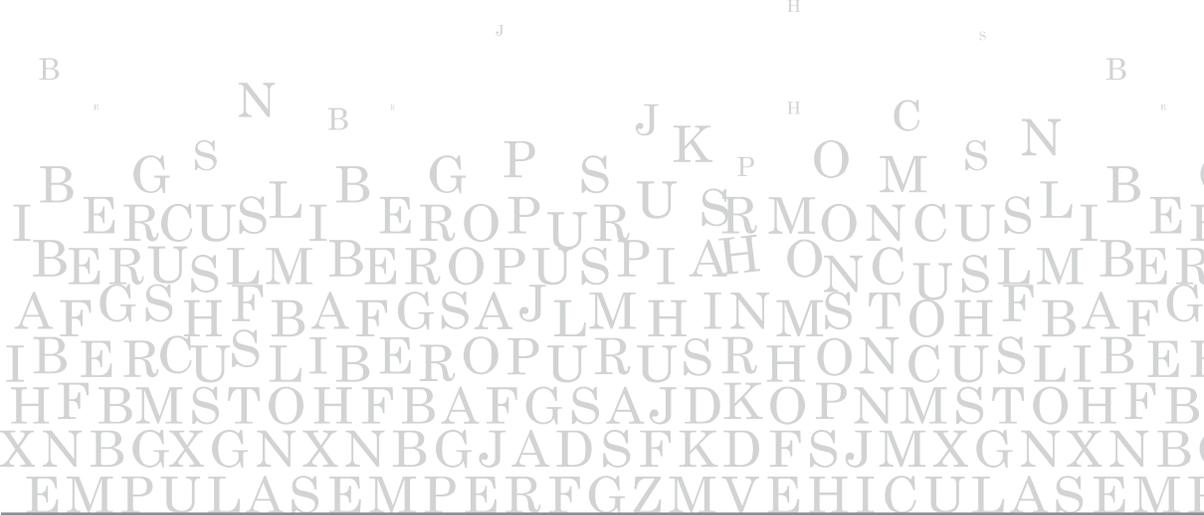
rías nuevas Herencia de mi Pueblo y Yo Mayor en la Web. La primera, busca recuperar las tradiciones y expresiones propias de regiones que han vivido episodios de violencia a través de la voz de los mayores, dando vida a historias que contribuyan a modificar la mirada y el estigma que han prevalecido sobre ellos, y a dar una voz de esperanza para las nuevas generaciones.

Yo Mayor en la Web por su parte, busca acercar a los mayores a la tecnología como una nueva forma de compartir sus historias con los jóvenes de su familia y su comunidad, pero además para que los jóvenes reconozcan el valor de las personas mayores que tienen a su alrededor y busquen espacios comunes para acercarse a ellos y conocer un poco más de sus orígenes y tradiciones.

Volveremos en la quinta versión de Historias en Yo Mayor sumando nuevas propuestas, aliados y regiones. Entretanto, los invitamos a conocer más de este proceso y a disfrutar, pero sobre todo, a compartir las historias que contiene esta antología y el DVD que lo acompaña.

Fundación Saldarriaga Concha

Fundación Fahrenheit 451



LABORATORIOS DE ESCRITURA Y MEMORIA

En las ciudades de Bogotá, Cali y Medellín y en los municipios de Versalles y San Basilio de Palenque, se crearon espacios en que los adultos mayores se reúnen semanalmente, entre pares, para recibir capacitación relacionada con el manejo de las letras y la oralidad como un canal de difusión y protección del patrimonio cultural inmaterial. Se espera que, con el tiempo, estos espacios transformen sus dinámicas y sean coordinados directamente por los adultos mayores preservando y utilizando la memoria como motor creativo. En la actualidad, más de 170 personas asisten periódicamente a los 8 laboratorios.

Los laboratorios de escritura y memoria son espacios semanales de formación que, durante 6 meses, han operado con dos objetivos: primero, que los adultos mayores encuentren en la literatura y la oralidad un espacio para vivir, recordar y proteger sus saberes e historias; y, segundo, que al terminar el periodo de trabajo, los adultos mayores se apropien del espacio y se vuelvan multiplicadores.

Estos espacios gratuitos se han creado en las ciudades en las que el concurso ya se ha realizado durante dos años (Bogotá, Cali y Medellín). Con ello, se busca potenciar y fortalecer lo que se ha logrado con los talleres de creación y aproximación literaria que se dictaron previamente entre 2012 y 2013 en alianza con la redes de bibliotecas.

En ellos, se impartían bases de creación y pautas para la expresión oral, buscando que los adultos mayores se animaran a participar en el concurso y que contaran con las herramientas necesarias para hacerlo.

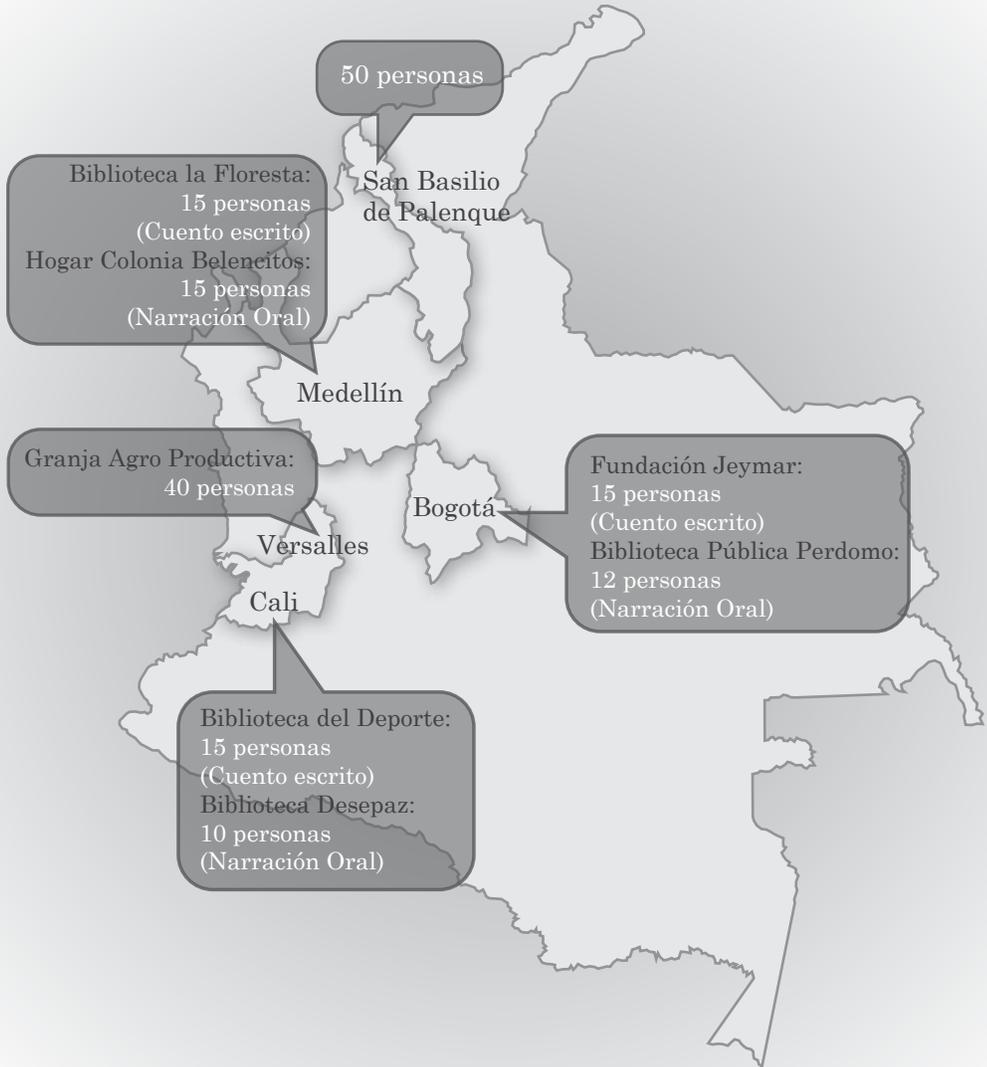
En la actualidad, los laboratorios pretenden consolidar el proceso pedagógico con nuevas herramientas que empoderen las narrativas de los adultos mayores desde una óptica comunitaria donde los asistentes, según sus intereses y características, deciden el rumbo temático de las sesiones.

En cada ciudad se han instalado dos laboratorios, buscando que estas herramientas beneficien a la mayor cantidad de personas mayores involucrando entornos y contextos distintos. Debido a la diversidad de los participantes hay talleres que se han enfocado más en la creación escrita y otros en el trabajo de oralidad, ambos reconociendo

las particularidades y potencialidades de quienes los conforman.

En 2014 se crearon dos laboratorios adicionales, uno en Versalles y otro en San Basilio de Palenque. Estos buscaron apoyar el proceso creativo de adultos mayores en comunidades apartadas. En el primero, respaldando un proyecto productivo agrario, que funge de ancla para reunir a la comunidad. En el segundo, fortaleciendo los procesos de recuperación de memoria y conservación del patrimonio inmaterial presente en los adultos mayores de esa región (lengua palenquera, ritos fúnebres, medicina tradicional, etc.).

En total, se estima que semanalmente cerca de 170 adultos mayores asisten a las sesiones de los 8 laboratorios.



50 personas

San Basilio
de Palenque

Biblioteca la Floresta:
15 personas
(Cuento escrito)
Hogar Colonia Belencitos:
15 personas
(Narración Oral)

Medellín

Granja Agro Productiva:
40 personas

Versalles

Bogotá

Fundación Jeymar:
15 personas
(Cuento escrito)
Biblioteca Pública Perdomo:
12 personas
(Narración Oral)

Cali

Biblioteca del Deporte:
15 personas
(Cuento escrito)
Biblioteca Desepaz:
10 personas
(Narración Oral)



En la Biblioteca Pública de La Floresta, se desarrolla uno de los laboratorios de Cali. Carolina Trujillo (a la derecha) es la profesora de este grupo que se reúne todos los miércoles durante 2 horas.



El poeta y gestor cultural, Diego Echeverri, recorrió distintos puntos de Cali con el objetivo de invitar a las personas mayores a vincularse a alguno de los laboratorios de escritura y memoria.



Por medio de didácticas y actividades corporales, los adultos mayores del municipio de Versalles empezaron a adquirir confianza y un mayor desenvolvimiento, que se evidenció a la hora de contar las historias con que participaron.



En San Basilio de Palenque se reúnen como mínimo 50 personas mayores en cada una de las sesiones del laboratorio. Antonia Cassiani y María Herrera son las lideresas encargadas de avivar los recuerdos y las historias de este grupo.



En los laboratorios también se trabaja a partir de los saberes y las labores cotidianas. En la imagen se puede ver a una de las asistentes del municipio de San Basilio de Palenque contando cómo se produce el maní de manera tradicional.



El laboratorio de Versailles está vinculado a un proyecto agroproductivo. Cada 15 días, en la Casa de la Cultura del Municipio, las personas mayores han encontrado un espacio para modificar sus rutinas y revalorar sus saberes adquiridos en el campo.



Para fortalecer sus habilidades de expresión oral, los asistentes del laboratorio repasan y analizan las historias de los ganadores de versiones pasadas del concurso.



Los laboratorios, dirigidos por profesionales y personas que tienen conocimiento de literatura, expresión oral y saberes tradicionales, se desarrollan bajo una metodología de discusión y conversación. César Jaramillo es el tallerista encargado de los grupos de Medellín.



Las mujeres han sido las más interesadas en los espacios de formación que ha abierto el proyecto en todas sus versiones. Los laboratorios no son la excepción, más del 70% de los asistentes son mujeres de más de 60 años.



Los asistentes a los talleres toman atenta nota de las recomendaciones de sus profesores para que en un futuro puedan convertirse en multiplicadores y redireccionadores del proyecto.



HERENCIA DE MI PUEBLO

La categoría Herencia de mi Pueblo, un nuevo componente del proyecto Historias en Yo Mayor, se desarrolla en regiones donde se presentaron (o se presentan) lamentables manifestaciones de violencia que han terminado por invisibilizar parte de su riqueza cultural. A través de los saberes tradicionales que reposan en la memoria de los adultos mayores, esta categoría pretende rescatar aquel patrimonio cultural inmaterial que durante años ha permanecido escondido. En esta ocasión, la región elegida fue los Montes de María donde más de 65 adultos mayores asumieron el reto de contar sus décimas, leyendas, ritos fúnebres, cuentos, pregones y demás creaciones.

Bajo la supervisión de Patricia Alba Gil y Leonarda De La Ossa, coordinadoras del proyecto en la región de Montes de María, inició un nuevo y enriquecedor proceso del proyecto Historias en Yo Mayor con la categoría Herencia de mi Pueblo.

A lo largo de 5 meses, se recorrieron diferentes municipios y veredas de la zona. A pesar de la vasta extensión geográfica, el proyecto consiguió inmiscuirse en la vida diaria de algunos pobladores, intentando localizar aquellos saberes tradicionales que han sobrevivido a las dinámicas de la violencia y que han encontrado en la oralidad una bóveda de protección y difusión de su cultura.

Fue así como 65 personas mayores, provenientes de Macayepo, Ovejas, San Onofre, Sincelejo, San Jacinto y San Basilio de Palenque, registraron sus manifestaciones orales en videos de baja resolución que fueron posteriormente enviados a los jurados de la categoría para su deliberación. En esta ocasión se contó con la participación de Juan Manuel Echavarría, artista plástico colombiano con amplia trayectoria de trabajo en la región, y Daudet Salgado, músico cordobés experto en tradición oral.

Una vez elegidos los ganadores, se procedió a registrar de manera profesional a los cinco ganadores de la categoría en colaboración con el colectivo Kucha Suto, que realizó los bellísimos videos que hacen parte del DVD anexo a este libro.

Las grabaciones se realizaron a lo largo de la última semana de febrero de 2014 en San Basilio de Palenque, donde el proyecto creó un laboratorio de escritura y memoria. Allí, en medio de un ambiente de

hospitalidad y camaradería, fueron reunidos los adultos mayores para el evento de premiación que se realizó el 1 de marzo en las instalaciones de la Casa de la Cultura, acompañados por la música de reconocidos grupos musicales de la región como Las Alegres Ambulancias, Las Estrellas del Caribe, el grupo Tabalá-Uritiká y el Sexteto Tabalá (del que hace parte Rafael Cassianni Cassianni, uno de los ganadores del concurso).

Del resultado de esta nueva categoría dan cuenta las imágenes que acompañan este libro, los videos y, mejor aún, las palabras que se presentan a continuación leídas por uno de los jurados. Se trata de ofrecer al lector la posibilidad de recrear la magia de aquel día en que la cultura alzó su voz y cautivó a más de 200 asistentes, miles ahora, con la producción de este nuevo libro que espera difundir, en pequeña escala, la riqueza cultural de esta hermosa región de nuestro país.

Sobre Yo Mayor, Herencia de mi Pueblo

.....
*Palabras del Jurado**

*“Pero bonita también es la vejez
cuando se tiene mucho que contar”*

José Francisco Mejía
Compositor de música vallenata

La escala diatónica de Do Mayor en la música es conocida como la “escala madre”, pues de ella se generan todas las demás escalas y sirve como patrón y fórmula para nuevas escalas musicales. Do mayor es el tono natural, el tono por el cual se comienza a estudiar la música. La escala inicial. Es también origen y final.

Cuando escuché el nombre de este proyecto: Herencia de mi Pueblo, Historias en Yo Mayor, pensé en la relación del Do y el Yo. “Es como cantar historias en Do o contar cantos en Yo”, me dije. Cuando tuve la oportunidad de ver las historias de cerca y encontrar personajes comunes de estos palenques del Caribe Grande, y descubrir en ellas los recuerdos de los narradores, su sabiduría, sus *Flashback*, sus añoranzas, y aun también esos sueños que siguen intactos a pesar de los años, me di cuenta de que este nombre es profundo y contundente. El Do Mayor como nota tónica es fuerte, en el Yo Mayor hay potencia, fuerza y vida.

De las historias de antaño se generan las nuestras; por eso no podemos olvidar los orígenes. La voz de nuestros abuelos debe ser reivindicada, debe ser respetada y venerada como en otros tiempos. Su tono sigue siendo natural, mas no elemental. Su voz es la máxima de nuestra sabiduría popular, es la ventana latente al pasado, es la llave para conectarnos con nuestros ancestros; ellos ya han vivido la vida, por lo tanto, su voz contiene los parámetros para empezar a vivir la nuestra. Su voz nos habla de nuestro origen y nuestro final, de dónde venimos y hacia dónde vamos.

Las Fundaciones Saldarriaga Concha y Fahrenheit 451, junto a El Espectador, buscan con Herencia de mi Pueblo Historias en Yo Mayor no sólo salvaguardar la tradición oral de nuestros pueblos, depositada en nuestros adultos mayores, sino también darle realce a una población que por sus limitaciones ha sido excluida de la sociedad y relegada al olvido, y les devuelve la palabra que les ha sido arrebatada para que nos cuenten sus historias en ese tono fantástico y místico en el que sólo ellos saben hacerlo, en “Yo Mayor”.

**Discurso de Daudet Salgado Brun, uno de los jurados de la Categoría Herencia de mi Pueblo, Historias en Yo Mayor 2015. Este texto fue leído en el evento de premiación de la categoría en San Basilio de Palenque, 01 de marzo de 2015.*

Perfiles y reseñas ganadores Herencia de mi Pueblo

1er lugar: Rafael Cassiani Cassiani (San Basilio de Palenque)

Residente de San Basilio de Palenque, fundador y director del Sexteto Tabalá, una de las agrupaciones más importantes de música tradicional de la región. A sus 80 años, ha dedicado gran parte de su vida a la promoción y difusión de la tradición oral y musical de Palenque.

Su historia, narrada en lengua palenquera, es una visión del origen mítico y la aplicación de un método tradicional de salvamento en el mar.

2do lugar: Francisco Márquez (San Jacinto, vereda de Macayepo)

Residente de Macayepo (El Carmen). Agricultor y decimero de 83 años quien, aunque ya regresó a su tierra, ha sobrevivido al desplazamiento forzado que redujo su rancho a cenizas.

Con gran carisma, declama 5 décimas: las tres primeras, décimas románticas perfectas para seducir y enamorar; y las otras dos, dedicadas a problemas sociales de la región.

3er lugar: Concepción Hernández de Cimarra (San Basilio de Palenque)

Rezandera de 70 años, con larga experiencia en los ritos funerarios de Palenque y sus alrededores. Residente de San Basilio de Palenque.

Ella cuenta, en su lengua palenquera cómo se debe velar un muerto tradicionalmente, conocimiento que adquirió a los 14 años.

Mención de Honor: Manuel Esteban Anaya (San Onofre)

Vendedor de lotería de San Onofre y músico empírico de 63 años.

Su canción “La Chicunguña” es una visión humorística, interpretada carismáticamente, sobre esa enfermedad que ha causado tantos estragos en el mundo.

Mención de Honor: José Meléndez Torres (San Onofre)

Tiene 76 años. Desde hace unos pocos, perdió la vista a causa de una enfermedad incurable. Hoy vive rodeado del afecto de sus hijos y nietos.

A partir de sus recuerdos, José nos hace un recorrido por las costumbres utilizadas en su comunidad para realizar los ritos fúnebres cuando morían los niños y los mayores.



Rafael Cassiani, voz líder del reconocido grupo Sexteto Tabalá de San Basilio de Palenque, fue elegido como el ganador de la primera versión de la categoría Herencia de mi Pueblo. Para sorpresa de todos, no lo hizo cantando, sino relatando una bellísima historia llamada “Ma Bangaña”.



La historia con la que Rafael Cassiani ganó el concurso narra una ingeniosa manera de encontrar los cuerpos de los ahogados que aprendió de sus mayores. El método implica el uso de un calabazo y una vela, el resto (como podrá ver el lector en el DVD) es magia.



Durante cuatro días, en compañía del colectivo Kucha Suto, se grabaron las historias en video que acompañan este Libro/DVD. En esta ocasión el turno fue para José Meléndez Torres, proveniente de San Onofre, quien obtuvo una mención de honor.



El reconocido grupo Las Alegres Ambulancias fue el encargado de abrir el evento de premiación en San Basilio de Palenque con un maravilloso concierto. Antes de la música, se realizó un minuto de silencio en la memoria de “Ziquito”, un músico tradicional de Bullerengue que murió recientemente.



Uno de los momentos más animados de la velada de premiación fue la interpretación de la canción “La Chicunguña” de la autoría de Manuel Esteban Anaya (San Onofre), quien con su potente voz puso a repetir al público apartes de su pegajosa composición que le mereció una de las Menciones del concurso.



Concepción Hernández De Cimarra, rezandera tradicional y estandarte de la cultura palenquera, obtuvo el tercer lugar del concurso con un relato que cuenta la riqueza cultural del velorio en San Basilio de Palenque.



Francisco Márquez, decimero de San Jacinto, vereda de Macayepo, sorprendió al público con sus creaciones, verseando a la vida, al amor y al desplazamiento. Su increíble talento y habilidad de improvisación le valieron ocupar el segundo puesto de la categoría.



El mismo día del evento los ganadores recibieron premios en efectivo de parte de los organizadores. En la foto, Javier Osuna (centro), director de la Fundación Fahrenheit 451 y Luisa Berrocal (derecha), líder de movilización social de la Fundación Saldarriaga Concha.



Los asistentes celebraron después de la premiación con la música del grupo Sexteto Tabalá. La edad no fue un impedimento para bailar al ritmo del son palenquero.



Los jurados Juan Manuel Echavarría (derecha) y Daudet Salgado (izquierda), viajaron al evento de premiación donde compartieron con los cinco ganadores de la categoría y tuvieron la oportunidad de constatar, esta vez personalmente, el talento de sus elegidos.



YO MAYOR EN LA WEB

Yo Mayor en la Web es una categoría que busca darles espacio a los adultos mayores de todas las regiones del país, para que cuenten sus historias y compartan sus saberes por medio de una plataforma digital. En esta, tanto los adultos mayores como sus familiares y personas cercanas, pudieron alojar sus videos caseros, para que los internautas, con su voto, eligieran a los ganadores. En 2014, la categoría contó con más de 150 participantes y más de 4700 votos que dan cuenta de la aceptación y visibilidad de los adultos mayores en el entorno digital.

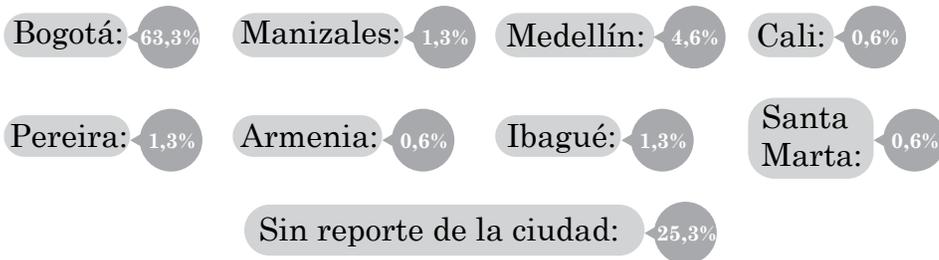
Yo Mayor en la Web es una nueva categoría que se creó con la intención de abrir la posibilidad de que, en cualquier parte del país, un adulto mayor o una persona cercana pudiera realizar una grabación casera (con un teléfono inteligente, cámara digital, webcam, entre otras) recogiendo la voz de un adulto mayor para participar en el concurso vía web. Esta categoría apunta a fortalecer, por un lado, la transmisión intergeneracional de saberes de las personas mayores; y, por otro, a incentivar la implementación y uso de las TICs en esta población.

Para esta categoría, el proyecto dispuso de una plataforma en Facebook, una de las redes sociales más populares del momento, que sirvió como punto de información y recepción de las historias de los participantes. De septiembre a noviembre de 2014, adultos mayores y demás internautas del país consultaron la plataforma y participaron, superando las expectativas de las entidades organizadoras. Entre los videos participantes que los internautas vieron y reconocieron, se destacan relatos de amor que mezclan el canto, conmovedoras anécdotas, duros episodios de la vida revisitados por la memoria, saberes y visiones de los adultos mayores, entre otras.

Asimismo, a lo largo de esos meses y en los dos siguientes, la plataforma también sirvió para que los interesados votaran por las historias que más les gustaban y, de esta forma, escogieran los ganadores. Fue al cierre del periodo de votación que las organizaciones encargadas del proyecto se llevaron una grata sorpresa nuevamente, pues la cantidad de votos recibidos en total superó ampliamente las proyecciones realizadas en las etapas previas del concurso.

Estas fueron las cifras de participación de la categoría:

Del total de 150 de propuestas recibidas, la mayoría se subieron a la plataforma desde Bogotá y las demás corresponden a los porcentajes que se exponen a continuación:



Del total de votos recibidos, 4744, la mayoría se concentró en los cinco ganadores como puede apreciarse en la siguiente relación:

1er lugar: 1526 votos (32,16%)

2do lugar: 1481 votos (31,21%)

3er lugar: 651 votos (13,72%)

4to lugar: 288 votos (6,07%)

5to lugar: 214 votos (4,51%)

Cabe resaltar que durante las últimas semanas de votación, sobre todo en los últimos días, el proceso se dinamizó a tal punto que los familiares de los ganadores realizaron campañas en las redes sociales y generaron movilizaciones promoviendo sus videos. Por esto, los cinco videos ganadores, que pueden verse en el DVD adjunto, se definieron sólo hasta el último minuto.

Estos son los ganadores de Yo Mayor en la Web:

1er lugar: Carmen María Martínez de Escobar:

Nació en Convención, Norte de Santander, el 9 de octubre de 1918. Tiene 96 años y vive en Bogotá. Cursó hasta tercero de primaria, ya que la época y las circunstancias no le permitieron estudiar más. Esta viuda, madre y abuela dedicó su vida a la familia, a la lectura y a cultivarse en muchos campos.

En su historia ella canta una adaptación del tango “Más solo que nunca” de Enrique Dizeo. Esta canción que le cantaba a su fallecido esposo y la dedicatoria que hace son una evocación del recuerdo de la persona amada que está ausente.

2do lugar: Ana Tulia Londoño Arias:

Nació en Armenia, Quindío, el 28 de junio de 1924. Tiene 92 años. Vive con su hermana de 88 años en Armenia. Es madre soltera. Le gusta la poesía y asiste al grupo de tercera edad con las Hermanas Vicentinas.

Ella, en su historia, cuenta y comparte la culpa que siente por el doloroso destino que ha tenido su hijo, debido a las drogas. Después, con cierta jocosidad, entona una canción dedicada a la Virgen María.

3er lugar: Aura Rojas de Castañeda

Poeta nacida en Neiva en 1913. Tiene 100 años. Luego de finalizar sus estudios escolares, llegó a Bogotá en donde se casó. Madre de 3 hijos, Aura fue el apoyo de Luis Demetrio, su esposo, contador santandereano quien desde

su silla de ruedas vio en ella más que su amor, alegría y apoyo, su fuerza y determinación.

Ella declama uno de sus poemas en que comparte su disertación sobre su proceso creativo y hace un llamado por el amor y la entrega a los otros, para construir un mundo distinto. En su video, su familia ha compartido algunas imágenes que dan cuenta de distintos episodios de su vida.

4to lugar: Reinerio Grajales Patiño

Agricultor nacido el 6 de enero del 47, en el municipio de Buga, Valle del Cauca. Vivió la mayor parte de su vida en el municipio de Turbo, Antioquia. Se casó con Gabriela Sánchez, con quien tuvo 6 hijos.

Él nos cuenta cómo se conoció con la mujer que luego sería su esposa. También narra los impases, los prejuicios y los problemas que sorteó para estar con ella y construir una vida juntos.

5to lugar: Luis Hermes Mogollón

Economista nacido el 13 de abril de 1941. Trabajó durante 22 años en el sector público, para entidades como el IDEAM, la EDIS, la Secretaría de Hacienda y el Ministerio de Transporte. Lector consumado con su propia biblioteca.

Cuenta una anécdota en que la necesidad, la codicia y la inocencia le jugaron una mala pasada y resultó víctima de un estafador.

Mi madre-abuela

.....
*Por Carmen Andrea Pinzón Escobar **

Dicen que madre no hay sino una, y mi abuela Carmen lo ha sido. Cómo no rendirle un homenaje a la persona que siempre me ha acompañado con ese inabarcable mundo de afectos y sentimientos. Agradezco a la Fundación Fahrenheit 451 -cuyo nombre nace como homenaje a la obra homónima del escritor norteamericano, Ray Bradbury-, a la Fundación Saldarriaga Concha y a El Espectador, entidades organizadoras del concurso.

Fue muy fácil motivar a mi abuela a participar, ya que ella tiene un espíritu espontáneo y extrovertido. Fueron cinco días en los que nos divertimos bastante con sus historias acerca de la poesía de Juan de Dios Peza, con las novelas de Vargas Vila que dejaron hondas huellas indelebles en su juventud, con sus recuerdos del Bogotazo y con la biografía del cantante de tango Carlos Gardel. Pero, definitivamente, la votación en la casa fue por la canción que le cantaba a mi abuelito, Gilberto Escobar Baena.

Fue muy fácil conseguir la votación de amigos, familiares, conocidos y extraños en la red social de Facebook. Para algunos fue sorprendente la lucidez de mi abuela a sus 96 años, para otros fue un testimonio de amor que perduró con el tiempo; a otras personas les gustó la voz o la ternura que expresaba. Mi abuela y yo, solo podemos dar

las gracias a todas las personas que hicieron posible que ella ganara y, al mismo tiempo, motivar a las personas que tienen adultos mayores en casa o que tristemente se encuentran en un hogar geriátrico para que estimulen, amen y se interesen por ellos, ya que son una fuente de sabiduría y ejemplo de vida.

**Andrea es nieta de la primera ganadora de la Categoría de Yo Mayor en la Web. Ella escribió este texto a petición de los organizadores del concurso, para dar cuenta de cómo fue el proceso de motivación y participación de su abuela.*



NARRACIÓN ORAL

Cerca de 300 personas mayores, de las ciudades de Medellín, Cali, Bogotá y el departamento de Quindío, participaron en la categoría de Narración Oral del Cuarto concurso Historias en Yo Mayor. Durante cerca de tres meses, varios equipos profesionales de realizadores audiovisuales visitaron las bibliotecas públicas y centros culturales aliados al concurso, recogiendo en video estas historias expresadas desde la oralidad.

La categoría de Narración Oral es uno de los componentes más interesantes e innovadores del proyecto Historias en Yo Mayor. Entendiendo que la literatura va más allá de la escritura, desde la primera versión del concurso, planteamos una categoría que permitiera recoger anécdotas y relatos de aquella población mayor que, por diversas razones, no pudiera o no estuviera interesada en la narración escrita. De este modo, en cada versión, a lo largo de la convocatoria, un equipo de grabación se encarga de visitar las distintas instituciones aliadas al concurso para documentar en video las historias de las personas mayores que, desde la expresión oral, también tienen algo que evocar, recordar o concebir.

Durante los tres meses en que estuvo abierto el concurso, los promotores de lectura de las bibliotecas acompañaron a varios de estos participantes para ordenar y darle forma a esas historias orales. Cerca de 300 personas se animaron a concursar a través de la cámara.

En esta cuarta versión el concurso contó con un jurado encargado exclusivamente de esta categoría: el actor y director, Jorge Cao; y la actriz y activista cultural, Johana Bahamón, fueron los profesionales responsables de deliberar entre todas estas historias. Los artistas, quienes tomaron su decisión con base en la originalidad, creatividad, emotividad y estructura de las historias, se mostraron admirados por la originalidad de estos concursantes.

Anexo a este libro podrá encontrar el DVD que recopila las 11 historias que fueron seleccionadas por el jurado y que albergan una multiplicidad de voces en las que se encuentran historias románticas, cómicas y de aventura, siempre inspiradas desde la realidad o la imaginación.

Palabras del jurado

El 26 de febrero de 2015, en Bogotá, los jurados de la categoría de Narración Oral del concurso Historias en Yo Mayor, se reunieron a deliberar. El reconocido actor cubano, Jorge Cao, y la renombrada actriz y activista por los derechos de los reclusos, Johana Bahamon, fueron los encargados de seleccionar las historias que acompañan este libro.

“Pintando el Cielo”, relato narrado por Dunia Zapata Arias, proveniente de Cali, obtuvo el primer lugar pues, en palabras de los jurados, “reúne todos los parámetros, originalidad en su historia, buena utilización del lenguaje, con una estructura coherente, organizada y cargada de belleza estética”.

En segundo lugar fue elegido el bogotano Pedro Villamizar con su historia “El huesito de la risa”. Ambos jurados resaltaron su “originalidad, creatividad, narración e imaginación. Excelente uso del lenguaje y presencia escénica”.

El tercer lugar correspondió a Cali. Osmel Cuenut, con su narración “El parrandero cobarde” fue elegido por narrar una “jocosa anécdota personal contada con propiedad y buen manejo histriónico”.

Las menciones honoríficas correspondieron a: Clemente Castaño Ochoa (Medellín), con su historia “Yo estuve en el cielo”; Pedro Antonio López (Bogotá), con “¿Realidad o fantasía?”; Débora Arbeláez (Quindío) con una historia de vida; y Olga Valencia (Cali) con el relato “Milagro bajo la lluvia”.

Por último, los finalistas, fueron: Beatriz Duque (Medellín), Luz

Helena Orozco (Medellín) Rubiela Vallejo (Quindío), Lida Viveros (Cali) y Víctor Antonio Bedoya (Bogotá)

La totalidad de las narraciones elegidas por los jurados se encuentran en el DVD, anexo a este libro, donde puede constatarse la diversidad y riqueza de los participantes de este año. Historias en Yo Mayor agradece a todos los participantes y los invita a concursar en las próximas versiones.

Estos son los ganadores:

1er lugar: Dunia Zapata Arias (Cali)

En este emotivo relato, titulado “Pintando un cielo”, Dunia narra el encuentro de ‘La mamucha’, una abuela que debe cuidar por primera vez a su pequeña nieta, Luna.

2do lugar: Pedro Villamizar (Bogotá)

Con un humor fino, Pedro cuenta “El huesito”, la historia de una forma bastante particular de morir.

3er lugar: Osmel Cuenut (Cali)

“El parrandero cobarde” es una anécdota cómica en la que Osmer recuerda la mala experiencia que tuvo al intentar bailar chirimía (música tradicional del Pacífico) con una mujer que tenía como pareja a un hombre muy grande y fornido.

Menciones de Honor

Clemente Castaño (Medellín)

Siempre nos hemos preguntado si existe algún tipo de vida después de la muerte. Pues Clemente titula su cuento “Yo estuve en el cielo”, una historia en la que nos da una particular y cómica perspectiva de lo que hay en el más allá.

Débora Arbeláez (Quindío)

En la década del 60, en el campo aún era muy difícil que las mujeres fueran independientes y tomaran sus propias decisiones. Débora cuenta una anécdota de su juventud en la que, por decisión de sus padres, no pudo casarse con el hombre que amaba.

Pedro Antonio López Hurtado (Bogotá)

En su infancia, Pedro tuvo un extraño encuentro que, como él dice, le dejó huella. Esta historia, que nunca le contó a nadie hasta ahora, rememora aquellos mitos de fantasmas y casas embrujadas de la Bogotá de los años 50.

Olga Valencia (Cali)

Es una historia de la vida real titulada “Milagro bajo la lluvia”. En ella, Olga cuenta una vivencia de hace unos años en la que debió socorrer a su vecina que estaba a punto de tener un bebé.

Finalistas

Luz Helena Orozco, Finalista Medellín

Los mitos tradicionales, desde su misma oralidad, son permanentemente reinterpretados y permiten recrear historias como la que Luz Helena nos cuenta en esta ocasión, en la que dos jóvenes tuvieron un encuentro que no olvidarán.

Rubiela Vallejo, Finalista Quindío

Con una historia tradicional, titulada “Quién salva a quién”, Rubiela cuenta la historia de un joven que se quería suicidar, pero todo cambia al conocer el deseo de vivir que aún puede transmitir un viejo.

Víctor Antonio Bedoya, Finalista Bogotá

Al mejor estilo de un cronista, Víctor cuenta su visita a una comunidad amazónica y el encuentro que tuvo allí con un chamán y el yagé. Con una narración detallada y minuciosa, nos lleva a cuestionarnos sobre la pertinencia de este rito tradicional de los huitotos.

Lida Viveros, Finalista Cali

En esta historia, Lida cuenta toda una vida. La historia inicia 80 años atrás cuando su abuela se hace cargo de ella, y entre las dos salen adelante. Lida, con 86 años, cuenta cómo esos trasegares le han permitido, incluso, ser lideresa en su comunidad, velando principalmente por los derechos de las personas mayores.



El Hogar de Abuelitos San Juan, en el Quindío, es una de las instituciones que abrieron sus puertas para que el concurso asistiera y recogiera los saberes de sus beneficiarios.



Bogotá fue la ciudad en que más videos se recogieron. La Fundación Jeymar, donde opera uno de los laboratorios, fue una de las instituciones en que se grabaron algunos de los más de 300 participantes de la categoría.



A pesar de la timidez de algunos de los participantes, los camarógrafos siempre están prestos a ayudar a las personas mayores para que puedan contar su historia de la mejor manera.



Los testimonios de las personas mayores se graban en sesiones acordadas previamente con las bibliotecas y las casas de la cultura. En términos logísticos las sesiones intentan grabarse en lugares cerrados pero en algunas ocasiones existe la posibilidad de hacerlo a campo abierto.



De la multiplicidad de historias participantes quedan esta clase de imágenes en las que se refleja la picardía y el entusiasmo de las personas mayores a la hora de contar sus historias.



Casi sanadoras resultaron las sesiones de grabación del concurso Historias en Yo Mayor. Al menos esta imagen nos permite apreciar un pequeño “milagro” de la puesta en escena de una de las participantes de Cali que olvidó su caminador mientras narra su historia.

Con el apoyo del Instituto Distrital de las Artes, la Cámara Colombiana del Libro, la Feria Internacional del Libro de Bogotá, la Red de Bibliotecas de Colsubsidio, el Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín, la Red de Bibliotecas Públicas Comunitarias de Santiago de Cali y la Red Departamental de Bibliotecas del Quindío, se dio vida a la categoría más antigua del concurso Historias en Yo Mayor: Cuento Escrito.

Durante tres meses los promotores de lectura de las redes de bibliotecas y demás espacios aliados acompañaron el proceso de redacción y presentación de los textos de las personas mayores de las ciudades de Medellín, Cali, Bogotá y el departamento de Quindío. En total más de 380 personas se animaron a concursar con sus creaciones a través de las urnas dispuestas por el concurso que estuvieron abiertas hasta el 28 de noviembre de 2014.

Después de un arduo proceso de deliberación a cargo de la reconocida narradora y poeta colombiana Amparo Osorio y el periodista del magazine cultural de El Espectador, Juan David Torres, se llegó al fallo definitivo de la categoría que destaca la creatividad, innovación y profunda riqueza de los cuentos participantes.

En esta sección podrá encontrar los textos que fueron seleccionados por el jurado que cumplió con la difícil tarea de elegir las 16 historias que acompañan estas páginas se escogieron de entre una muestra representativa de 68 cuentos, preseleccionados durante la instancia de prefiltro bajo la estricta tutela de los criterios del concurso (redacción, originalidad, sintaxis y cumplimiento de los requisitos de parti-

cipación).

El resultado habla por sí mismo, representa la suma de distintas voces, cultivadas y sensibles. Es el resultado de la creatividad literaria que el concurso entrega a Colombia, en su cuarta versión, y que da cuenta, una vez más, de ese mágico transe entre la memoria, la vida y la imaginación.

Palabras del jurado

El 16 de febrero de 2015, en Bogotá, los jurados de la categoría de Cuento Escrito del concurso Historias en Yo Mayor, se reunieron a deliberar. Amparo Osorio, reconocida poeta, escritora y editora, junto a Juan David Torres, periodista de El Espectador, fueron los encargados de seleccionar las historias que hacen parte de este libro.

“La hija del Jaguar”, escrito por Inés Elvira Rivas Patiño, de Cali, recibió el primer lugar, debido a que, en palabras de Amparo Osorio, “es una conmovedora historia que de principio a fin nos ubica en el epicentro desgarrador de un conflicto irónicamente tan común a nuestro país, con sus descarnadas atmósferas de secuestro, violación, humillación y sometimiento”.

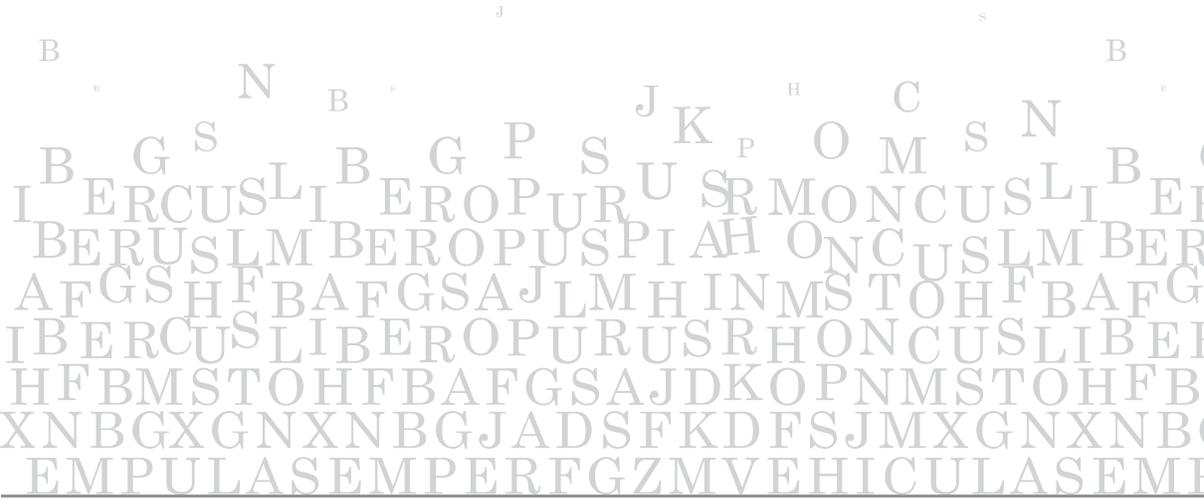
El segundo lugar fue entregado al cuento “El Faquir y la Muralla China”, escrito por Gilberto Jiménez Quintero, del departamento del Quindío. Sobre este cuento, Juan David Torres comenta que “La esencia de su calidad está en su extensión: breve, con los adjetivos en su punto justo, el cuento refiere una transformación mitológica que resulta verosímil por la rapidez de sus rasgos y su fuerza poética. Se aleja de los temas de costumbre (la violencia, el dolor, la sangre) y entrega una historia que habla de la soberbia y la terquedad, esencias ambas de la violencia. Es, en ese sentido, sutil y directo y su narración, eficaz”.

El tercer lugar fue otorgado al cuento “Asina”, escrito por María Lucy Perico Camargo, de Bogotá. De este texto cabe resaltar que, en palabras de los jurados, “La experiencia de su narradora (volver a casa, volver a otro tiempo, a su “pedazo de tierra”) se convierte en una perfecta excusa para recordar su vida, sus orígenes y, de ese modo, el paso inexorable del tiempo. Tiene, de tiempo en tiempo, ciertas pausas poéticas, muy sutiles y concretas, que permiten entender que la narradora siente algo más, pero lo calla”.

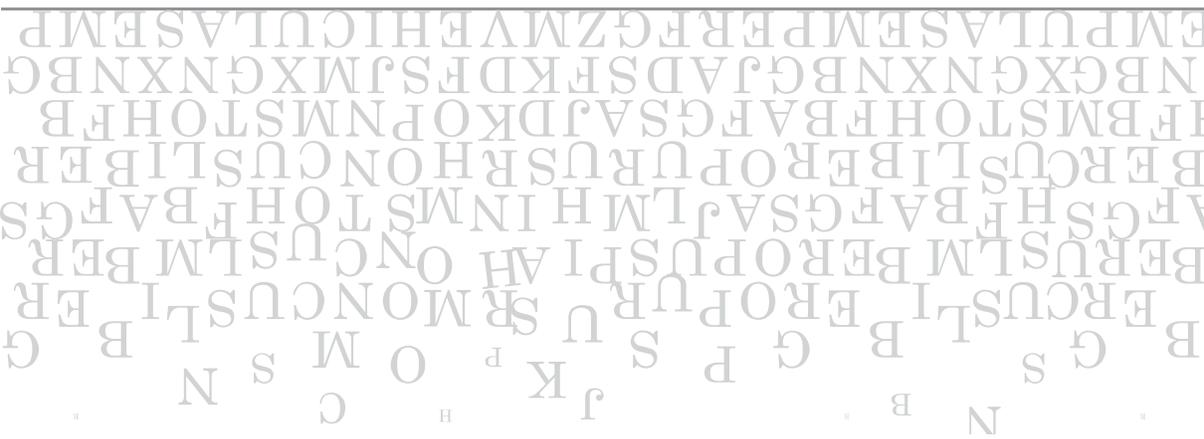
Las menciones honoríficas correspondieron a: “Viaje inesperado”, de Beatriz Eugenia Camacho (Bogotá); “Dance me to the end of love”, de Umberto Senegal (Quindío); “El regreso”, de Efraín López Mogollón (Medellín); y “Los dos amigos”, de Carmen Elisa Benavides (Cali).

Por último, los finalistas, fueron: “Celos, pasión fatal”, de Óscar Benjumea Gómez (Bogotá); “El lobo de mar”, de Juan Manuel Jaramillo González (Bogotá); “El hallazgo”, de Aldo Fernando Forero Góngora (Bogotá); “Me pregunto qué seré”, de Margarita Torres González (Bogotá); “La vieja Winchester”, de Heriberto Vargas Sánchez (Quindío); “Sueño cumplido”, de Guillermo Salazar Jiménez (Quindío); “Chao, tranvía”, de Ramiro Hernández Restrepo (Medellín); “Las momias”, de Rosa María Arroyave Martínez (Medellín); “¿Viste que te ibas a reír?”, de Ana Cecilia Aguirre Guzmán (Medellín); y “La Victoria Regia”, de Carlos Álvarez León (Cali).

La totalidad de los cuentos mencionados anteriormente, se encuentran en este libro donde puede constatarse la diversidad y riqueza narrativa de los participantes de este año. Historias en Yo Mayor agradece a todos los participantes y los invita a concursar en las próximas versiones.



GANADORES



1er lugar

La hija del Jaguar

Por Inés Elvira Rivas Patiño (Cali)

Nací en 1953. Soy mujer inquieta, independiente, siempre enamorada de las artes, las letras, el teatro, el cine y la lectura. Mi desarrollo profesional ha sido en los campos del diseño gráfico y la creatividad publicitaria. Soy jubilada sin pensión. He vivido en varios países, siempre en contacto con eventos culturales, pero solo muy recientemente empecé a incursionar en la expresión propia, a través de la pintura y la creación literaria.

Era una niña inquieta, lo había sido desde su más tierna edad, cuando jugaba desnudita a perseguir las gallinas entre polvaredas, en ese caserío pobre y árido al norte de Colombia, olvidado de Dios y de los hombres, que parecía salido de un relato debajo de las piedras de la soledad.

A los 7 años comenzó su calvario. Los hombres del Escuadrón Lagarto ocuparon la región y un día, sin saberse por qué ni para qué, amontonaron a todos los hombres de 25 a 40 años y los masacraron en un instante con ráfagas de metralla, que dizque porque habían informado lo que nadie sabía al llamado ‘Comando Destrozo’, que muy de cuando en cuando pasaba por la zona. Allí quedó ante sus ojos su desgraciado padre, tendido en un baño de sangre.

Su abuelo y su madre decidieron irse. Agarraron a los cinco niños y comenzaron el largo camino de los desplazados, movilizándose de aquí

para allá y de allá para acá, sin ser bien recibidos en ningún lugar.

Hasta que en un poblado más grande, donde estaba con su familia asentada, tuvo la suerte de que vino a acampar un circo al lote baldío vecino. ¡Qué día más maravilloso y emocionante!

Comenzó con un desfile con bombos y platillos que recorrió el pueblo perseguido por una cantidad de chiquillos harapientos como ella. ¡Hasta tenía un gran oso bailarín de verdad, que la asombraba y horrorizaba al mismo tiempo con sus aterradores rugidos, cada vez que abría su enorme bocota, dejando ver sus afilados dientes!

Después de que armaron la gran carpa, Juanita —pues ese era su nombre— husmeó por aquí, saltó por allá, sin ser notada entre la gente que se movía afanosa, hasta que encontró, bajo la lona, un rasgón casi de su tamaño y pudo colarse a las tres funciones. El espectáculo le pareció fabuloso. ¡Jamás había sido tan feliz!

Quedó muy triste al ver desmontar la carpa... y fue entonces cuando decidió fugarse con el circo y sin decirle a nadie. Se escondió en un baúl que había descubierto dentro de uno de los carromatos durante sus inspecciones previas. Se quedó allí muy quietecita, casi sin respirar, encogida entre los vestidos de lentejuelas y las boas de plumas de avestruz y sólo cuando sentía el silencio a su alrededor, se atrevía a levantar la tapa un poquito, para no asfixiarse.

La descubrieron cuatro días después, cuando la encontraron dormida entre los disfraces. Tenía ya diez años y, como era de una belleza exótica y no quiso decir ni mu cuando le preguntaron por su pueblo o el nombre de su familia, decidieron entre todos acogerla y le enseñaron

los trucos necesarios para ser equilibrista, pues por la mala alimentación y su delgadez extrema, sus huesos eran más bien cartílagos muy flexibles, aptos para danzas exóticas y todo tipo de contorsiones.

El circo estaba constantemente de gira, pero a medida que el país se sumergía en una guerra sin fin, el circo iba en picada, pues los lugareños, cada vez más empobrecidos, no tenían plata para desperdiciar en entretenimiento, y la asistencia no lograba la taquilla necesaria para mantener a tanta gente. Los vistosos trajes ya estaban roídos, las mayas deshilachadas... El oso, la atracción principal, había muerto hacía seis meses... ¡Daba pena ver las representaciones para cuatro gatos bajo una carpa llena de asientos vacíos!

De pronto, en el último pueblo donde se hallaban, llegó otra vez la perra suerte, encarnada ahora en un grupo guerrerrista que se hacía llamar el Frente Siete, que sin miramientos secuestró a muchos de sus compañeros más fuertes, incluyéndola a ella, pues a sus doce años, su peculiar hermosura no pasaba desapercibida, aunque estuviera en los huesos.

Siguió, pues, su eterno destino de caminante sin rumbo, atravesando inhóspitas montañas y selvas, pero esta vez encadenada y a merced de Tomás, su captor, un joven ladino, de origen campesino, a quien el Frente Siete había obligado desde muy niño a empuñar las armas y ahora, 9 años después, se había convertido en un hombre sanguinario que no conocía más ley que la de apretar el gatillo y el poder que le daba su arma, para defender a los narcos sembrando el miedo a su paso. Este oscuro personaje se enamoró de Juana y no le

quitaba el ojo ni un instante. La violaba seguido, y como debía compartirla con sus otros compañeros, se ponía endiabladamente celoso y se descargaba con ella, llamándola puta sinvergüenza, provocadora de hombres y miles de nombres obscenos, mientras la golpeaba con saña, Así pasaron un par de años.

Cierta vez que quedó rendido a su lado, después de tanto sexo y tanto golpe, se descuidó dejando el candado a medio cerrar, cosa que aprovechó la niña Juana para treparse como pudo a un árbol gigantesco. A pesar de lo magullada que estaba, y desde ahí, como los monos, logró saltar agarrada de las lianas, de rama en rama y de árbol en árbol, sin bajar nunca a los senderos de tierra firme, por miedo a que Tomás la volviera a capturar.

Mientras tanto, el rabioso guerrillero se ofreció para la misión suicida de perseguirla selva adentro, pues su sádica relación lo mantenía atado a ella en cuerpo y avanzaba gritando a diestra y siniestra todo lo que le iba a hacer “a la condenada zorra que habia tenido la osadía de escapársele”... pero ya veía el castigo que le daría cuando la atrapara y se deleitaba pensando en voz alta todas las torturas que le haría de nuevo, cuando la encontrara, aunque tuviera que llegar hasta el mismo infierno a traerla.

La jovencita, en las copas de los árboles, escuchaba horrorizada sus gritos hasta que se fueron haciendo murmullos, y más tarde sólo la envolvieron los sonidos de la selva. Comía lo que veía que los micos comían, dormía en las ramas altas, amarrándose con girones de su vestido y se internaba cada vez más en las profundidades de esa es-

pesa selva. Y así hubiera seguido hasta los confines del Ecuador, si no hubiera divisado a lo lejos un gran bohío iluminado por la luz de unas fogatas. Se dirigió hasta allí. Como pudo se bajó con sigilo del árbol y se quedó espiando, temerosa e hipnotizada, la ceremonia frente al fuego de aquellos bellos seres morenos, de caras anchas y pelos lacios, que portaban narigueras y adornos en el pecho, medio desnudos y emplumados, quienes danzaban frenéticos bajo el cielo estrellado que se filtraba por los espacios vacíos entre las palmas y las vigas de madera.

No hubieran notado su presencia, de no ser por un pequeñín desnudo que salió corriendo y, curioso como cualquier gatito, se puso a mirarla sorprendido haciéndole sonrisas, pucheros y gorgoritos, hasta que la hizo reír. La madre semidesnuda salió preocupada a buscar a su hijito y al ver a Juana le hizo señas amistosas para que ingresara con ella al bohío, en silencio. Al terminar la ceremonia los Hijos del Jaguar —pues así se hacía llamar esta tribu amazónica— la acogieron bajo su seno y poco a poco aprendió a quererlos y a comunicarse con esa gente bondadosa y sencilla que preservaba la naturaleza, pues sentían que su misión era proteger a todos los seres vivientes y el rico entorno verde que los rodeaba, dándoles su subsistencia y el milagro de la salud a través del conocimiento ancestral de las propiedades benéficas de las plantas circundantes.

Juana era de nuevo feliz. Había engordado algo siguiendo la dieta de los nativos, sus curvas se hicieron cada vez más atrayentes sin que ella lo notara y su misión era cuidar a los chiquillos, cosa que hacía con mucho gusto y paciencia, enseñándoles lo que había aprendido en

sus correrías y asombrándolos con sus saltos y maromas. Como era la única mujer mestiza, la reservaron para el jefe, un hombre sabio muy mayor que fue siempre respetuoso con ella y mantenía a los hombres lascivos a raya, al notar su reacción de pánico cuando algún macho de la tribu se le acercaba. La protegió sin exigirle a cambio ningún favor sexual, quizás intuyendo su anterior sufrimiento.

Pero tanta felicidad no podía durar. Tomás finalmente llegó al bohío, con su altanería de siempre, armado hasta los dientes y exigiendo saber el paradero de Juana. El jefe, que había sido alertado de la llegada del intruso, logró a duras penas esconderse con ella en un hueco disimulado bajo hojas y ramas caídas. A señas, con sus malos modos, el guerrillero se hizo entender. Y como la única respuesta que recibió fue un silencio obstinado, decidió darles a esos indios un escarmiento y agarró seis jovencitos, los puso hincados en fila y, sintiéndose el hombre más poderoso de la tierra, con el dominio infinito que le confería su famosa AK-47, descargó sobre ellos las sonoras ráfagas, con todo el ímpetu salvaje de su cólera, hasta que se quedó sin balas. Tomás siguió luchando con uñas y dientes hasta que su cuchillo cayó y fue rodeado por un grupo enfurecido de hombres de la tribu que lo ataron a un árbol, todo ensangrentado y herido por los golpes recibidos.

Cuando cesaron los disturbios, el jefe salió de su escondite y se encontró frente a frente con el cautivo. En el momento que Juana lo vio, comenzó a llorar como animal herido y procedió a explicar a la gente la maldad de su torturador. Después de muchas cavilaciones, el jefe decidió organizar una ceremonia ancestral muy especial que ya no se

practicaba, pero la situación lo ameritaba. Su tribu no podía permitir que el espíritu de este desalmado les rondara y que las maldiciones que escupía con desprecio, mientras las traducía la chica, se hicieran realidad, entorpeciendo el entorno de paz y armonía en el que convivían.

Primero enterraron a sus muertos con cánticos y gemidos. Los hombres, bajo su mandato, procedieron a descuartizar al moribundo guerrero después de arrancarle el corazón aún latente, pero para evitar que sufriera en sus últimos momentos, lo anestesiaron con un veneno paralizante que solo ellos conocían. Luego el jefe mandó a traer unas vasijas ceremoniales y ordenó que las pusieran a calentar con agua hasta que hirviera, en numerosas fogatas. Se repartieron sus partes en ellas, se mezclaron con ñame y yuca, y cuando la carne se separó de los huesos, las mujeres se encargaron de molerlos y fueron añadidos en los caldos. Todos los habitantes, incluso Juanita, comieron hasta dejar las ollas limpias completamente. Así se cumplieron dos propósitos: que el cuerpo del torturador se fundiera con el de su pueblo de alma bondadosa y que su espíritu sanguinario no tuviera ningún arraigo con la tierra donde moría. Esa noche danzaron alacadamente bajo las estrellas y se iban quedando dormidos allí donde caían, cuando el paroxismo de la danza y los ritmos cada vez más rápidos los iban fundiendo.

A la mañana siguiente, la lluvia cayó, limpiando con su transparencia los hechos de la noche anterior. Se despertaron todos y continuaron con sus actividades como si nada hubiera pasado, pues en la

selva no queda tiempo para mirar atrás, sólo se puede seguir adelante y sobrevivir... como al fin había logrado hacerlo la hermosa contorsionista de nuestra historia.

Hoy podía mirar a todos con la frente en alto, pues había dejado de ser aquel animalillo asustadizo que llegó un día, hacía más de seis ciclos lunares. En sus bellos ojos, ahora altivos, se reflejaba un brío que antes no tenían. Hoy había nacido una nueva Hija del Jaguar.

2do lugar

El Faquir y la Muralla China

Por Gilberto Jiménez Quintero (Quindío)

Nací en Calarcá, Quindío en el año 1947. Durante mi vida, he trabajado en diferentes oficios, principalmente de comercio; pero siempre he sido ratón de biblioteca. Mis inicios en la escritura fueron accidentales, por salir de una depresión en la juventud. A causa de esa depresión, me dediqué a la lectura y a la escritura.

En el año 214 A.C., el emperador chino Shi Huang Ti mandó a construir la gran muralla de más de 6000 kilómetros, al norte de la China, para atajar a los invasores. De entre tantos bárbaros, había un mago faquir mongol que fue contratado por su rey y se dio a la tarea de vulnerar dicho monumento en algún punto que él consideraría el más débil. Fueron muchos meses de búsqueda y de intensa concentración hasta encontrar dicho lugar. Y cuando todo parecía perdido para los invasores mongoles, dicho faquir hizo explotar la muralla en miles de fragmentos. Justo en ese mismo momento algo extraordinario estaba sucediendo. Una horrible ventisca de arena se levantó en aquel sitio y formó una tapia inexpugnable para las tropas invasoras, dando tiempo a los chinos para reforzar su retaguardia. Ante tan extraordinario acontecimiento, el emperador chino quiso averiguar lo acontecido y convocó a los sabios y magos de su país. Estos concluyeron que el se-

creto de la muralla era que nunca sería vulnerada, pues todas las leyes naturales fueron conjuradas para su protección.

Y fue tanta la amargura y rabia de aquel faquir mongol que se convirtió en piedra como recuerdo de aquel hecho.

3er lugar

Asina

.....
Por María Lucy Perico Camargo (Bogotá)

Nací en Paipa, Boyacá, en 1954. Ejercí la carrera de derecho en los campos civil y de familia en Bogotá. Me gusta la literatura y en la actualidad pertenezco al club de literatura de personas mayores de la biblioteca de BiblioRed, Julio Mario Santo Domingo.

~~~~~

Abordé un avión de Iberia que cubre la ruta Ámsterdam—Cartagena. Estoy sentada, aparentemente tranquila y sosegada, pero consciente de la melancolía y el dolor que hace años se acomodaron en mi corazón. A mi mente acuden imágenes cotidianas. Veo a Aliet, mi madre adoptiva, ágil y alegre cocinando para mí. Siento a mi lado la presencia de Dick, mi padre, con quien camino a orillas del Amstel. Los veo callados respetando mis silencios. Los siento solitos tratando de llenar mis vacíos.

Once horas me separan de mi *pita tela*<sup>1</sup>, ese retacito de felicidad que Dios enclavó en las faldas de los Montes de María, entre montañas y ciénagas: San Basilio de Palenque.

Allá nací. En la cuna de la libertad, donde el calor embriaga de felicidad y la brisa sosiega el alma.

Dicen que era vivaracha y graciosa. Por la noche, a la hora de acostarme, mi madre se acercaba y me susurraba quedamente al oído: “Asina, *monasita*<sup>2</sup> voy a leerte unos cuentos de Anansi para que duer-

mas como un angelito”.

Despertaba. Y temprano en la mañana, cuando los guayabos inundaban el ambiente con su fresco olor, Moraima, mi madre, ceñía su cuerpo moreno y sensual con un vestido multicolor y se engalanaba con sus candongas y collares. Envolvía y anudaba su cabeza con un pañuelo y sobre ella colocaba una palangana de aluminio que unas veces llenaba con fruta fresca y otras veces con alegrías de coco, caballitos enyucados o dulces de ajonjolí que ella misma preparaba. Alegre y optimista, salía para Cartagena. Una vez allí, caminando por las empedradas calles, balanceaba sobre su cabeza la palangana y pregonaba: “Alegrías y cocadas, caballitos enyucados...”.

Yo quedaba al cuidado de Adelaida, mi abuela. Una matrona recia pero cariñosa que asumía buena parte de las responsabilidades familiares.

Jugábamos en el andén frente a nuestras casas con otros pequeñines. Cantábamos y danzábamos bajo la espléndida sombra de los almendros, o nos divertíamos riendo y persiguiendo puerquitos y gallinas que escapaban de los corrales. También jugaba con Bantú, un pequeño perrito blanco al que se le podían contar las costillas. Cierta día, se lesionó una patica. Se me antojó pensar que el pequeño hueco (herida) que le afectaba, coincidía con el que afectaba mi zapaticito derecho. Reí mucho pensando en la coincidencia, pero, para mi sorpresa, el zapaticito de Bantú sanó. El mío no.

Era muy feliz.

Durante la semana asistía a la escuela. Allí aprendí mis prime-

ras letras e hice mis primeros trazos. Los domingos iba con mi madre a Cartagena, compartíamos un plato de sopa y antes de regresar a casa, me compraba un helado. Un viernes, último día de un mes de noviembre, a las cinco de la tarde sonaron los tambores, convocando al *lumbalú*<sup>3</sup> que se celebraba en honor a mi difunta abuela. Acudieron todos los amigos y vecinos y durante nueve días, mientras los mayores rezaban y entonaban un canto-llanto, los niños jugábamos en el patio (sin advertir, ahora lo pienso, la dimensión de la pérdida). Al final, cada día repartieron arroz con frijolitos o tamales de bola, bollos de yuca, bolitas de tamarindo, jugos y otras delicias.

Cuando tenía doce años, mi piel de ébano y mis ya prometedoras formas se asomaban tímidamente entre los pliegues de mi uniforme escolar, y en mi cabeza se formaban curiosas parcelaciones producto de las innumerables trencitas que la surcaban (mi madre las tejía pacientemente, mientras tejía también sus recuerdos e ilusiones).

Con otras compañeras dábamos una presentación para celebrar el día de la madre.

Debíamos declamar un poema escrito por Mary Grueso, que se llama “Muñeca negra” y que a la postre decía: “Le pedí a Dios una muñeca, pero no me la mandó. Se la pedí tanto tanto, pero de mí no se acordó.

Se la pedí a mi mamá y me dijo: pídesela duro a Dios, y me hincué de rodillas, pero a mí no me escuchó.

Se la pedía de mañanita, antes de rayar el sol para que así temprano me oyera primero a yo.

Quería una muñeca que fuera como yo. Con ojos de chocolate y la piel como un carbón.

Y cuando dije a mi taita lo que estaba pidiendo yo, me dijo que muñeca negra del cielo no manda Dios. “Búscate un pedazo’e trapo y hacé la muñeca vos”.

Mi mama muy angustiada de mí se apiadó y me hizo una muñeca oscurita como yo”.

Mi madre lloró.

Al poco tiempo se veía afectada por una grave y rara enfermedad que la fue minando poco a poco. Sus fuerzas la abandonaron y su antes vigoroso cuerpo simplemente perdió la energía y las ganas de vivir.

Quedé a la deriva. Dormí en diferentes casas, en cada una, hasta que la vecina de turno agotaba sus escasos recursos. Entonces fui dada en adopción.

Una voz anuncia que estamos próximos a aterrizar en el aeropuerto Rafael Antonio Núñez.

Ardo en deseos de llorar por los que ya han secado sus ojos. De hablar por los que ya no tienen voz. Pero sobre todo, ardo en deseos de buscar a Moraima la querendona, la de oscura piel y caderas cadenciosas, la que al ritmo de tambores y bongós me arrulló con rondas infantiles, me mostró el amor. Ardo en deseos de encontrar a la misma que al ritmo de bullerengue y mapalé me enseñó el significado de la vida.

---

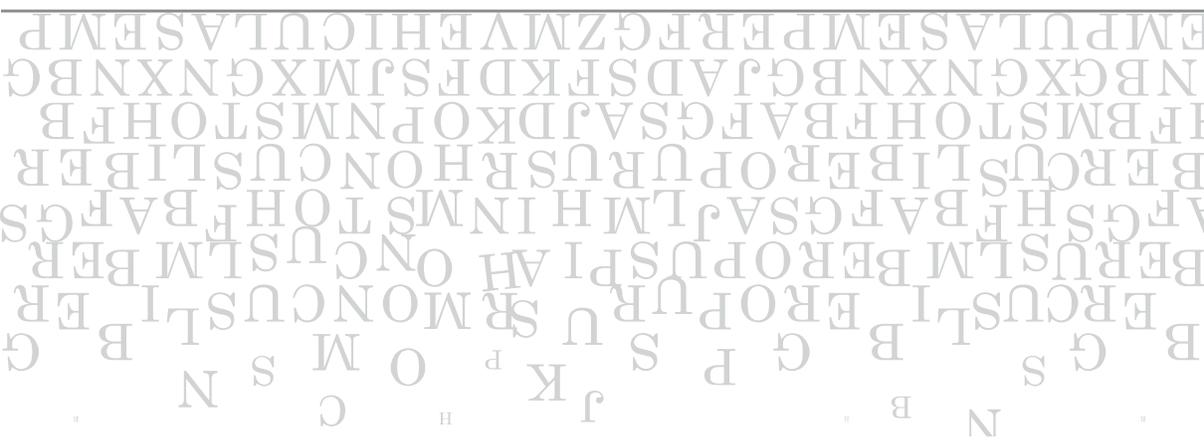
1. Pedazo de tierra.

2. Hijita o niñita.

3. Ritual fúnebre.



## **MENCIONES DE HONOR**



## *Mención de Honor Bogotá*

### *Viaje inesperado*

*Por Beatriz Eugenia Camacho*

*Toda la vida he sido una gran lectora, pero sólo hasta el 2009, cuando gané el segundo puesto del concurso de cuento, organizado por Sanitas y Planeta, empecé a escribir con regularidad. El mismo año publiqué un libro llamado “Juegos del arte”, con cuentos y pinturas de mi autoría. En 2011 fui publicada en el libro de cuentos “Árbol del paraíso”.*

Había terminado de almorzar, y me arreglaba el pelo y la cara en uno de los baños del centro comercial, para regresar a mi oficina. Miraba en el espejo, con detenimiento, las arruguitas que habían aparecido debajo de los ojos. De pronto sentí que una oleada de calor me subió a la cabeza y vi cómo mi cara se aplastó contra las llaves del lavamanos.

Un hilillo de sangre corrió por la frente. No podía moverme, ni siquiera podía cerrar los ojos. Estaba totalmente paralizada. Quise gritar pero las palabras tampoco salían. El lugar estaba solo, pero no pasó mucho tiempo antes de que llegara una señora con una niña pequeña. Horrorizada me vio y salió de prisa a solicitar ayuda. El guarda de la puerta entró, alzó mi cabeza y de una vez dictaminó: “está muerta”. Yo lo oí y me provocó gritarle que no fuera tan imbécil, que él no era nadie para saber. Rápidamente llegaron con una camilla y me

colocaron en ella. Yo seguía con los ojos bien abiertos. Un médico llegó como a los diez minutos y me examinó. “Parece que es un derrame cerebral. Hay que llevarla de inmediato a un hospital”. Me di cuenta de que la señora con la niña tenía mi bolso y lo abrió para buscar algo.

Seguro algún documento que me identificara. No encontró nada.

Yo había dejado la billetera y el celular en el cajón de mi escritorio en la oficina y sólo llevaba el dinero para almorzar y las llaves. En una ambulancia me llevaron a un hospital público cercano. Cuando llegamos, ingresamos a urgencias y me tomaron enseguida la presión que no marcó nada. Mi corazón parecía detenido. Vi venir a un médico que se acercó a mi pecho con dos planchas para revivirme. Salté en la camilla por la corriente eléctrica, pero los monitores no movieron sus agujas. Otro doctor me aplicó una inyección directo al corazón pero tampoco produjo ningún efecto. Lo más increíble era que yo oía todo y no podía mover ningún músculo de mi cuerpo para que supieran que estaba viva. No sentía nada. Los médicos insistían en hacerme procedimientos, pero finalmente uno de ellos, al auscultarme por enésima vez, dijo que no había nada que hacer, que estaba muerta. Intentó cerrar mis ojos con su mano izquierda casi a la fuerza, sin lograrlo, porque extrañamente volvían a abrirse. Miró el reloj de pared y dijo: “Hora del deceso: 1:47 p.m.”. Yo no podía creer lo que estaba diciendo y entre más esfuerzos hacía para moverme, menos podía hacerlo; era como si estuviera aprisionada en un vestido de cemento. Me taparon con una sábana para bajarme a la morgue. Era un lugar frío y oscuro.

Había dos camillas ocupadas con muertos y me colocaron al lado

de ellos. No sé cuánto tiempo pasó, pero en mi desesperación parecían siglos. Mi marido, quién sabe si a esas horas habría preguntado qué me pasó, pues, aunque habitamos la misma casa, la comunicación era muy deficiente, porque estábamos a las puertas de una separación. Las compañeras de oficina y mi jefe tal vez indaguen cuando noten mi falta, pero será dentro de dos días, porque soy autónoma con mi tiempo y pensarán que estoy haciendo alguna diligencia y tomé la tarde libre... Y mañana es sábado. El resto de mi poca familia... mi tía Adela vive lejos de aquí. A nadie le importo, ni le hago falta, ni siquiera a mi padre.

Además, nadie sabe quién soy yo... ¡por haber dejado todos los documentos en la oficina me van a enterrar viva, qué espanto! Un hombre con uniforme y delantal de caucho se me acercó y me destapó la cara. “Tendrá por ahí cincuenta y cinco años”, dijo en voz alta. “Se ve de cierta alcurnia porque la ropa interior que tenía era de marca ‘Victoria Secret’ y es la que usan las ricas”, afirmó dirigiéndose a una mujer joven que estaba parada mirando unos frascos con líquidos. Riéndose, le respondió que sí, que ella usaba esa marca cuando podía comprarla.

Yo los escuchaba y seguía haciendo esfuerzos ingentes para moverme aunque fuera un centímetro, sin conseguirlo. Seguía paralizada, no sólo del cuerpo sino del alma por el terror. El hombre del delantal me volvió a cubrir con la sábana; puso un cartón amarillo con unos datos que escribió, en el dedo gordo de mi pie derecho amarrado con una banda elástica. Me condujo por un corredor largo donde había varias

puertas pequeñas dispuestas a lado y lado en filas de tres pisos. Eran neveras para cadáveres que no han sido reclamados. Abrió una de ellas y me introdujo. ¡Dios mío, este es mi fin, que me repita el ataque, que me muera ya, esto no lo puedo resistir!, pensé con angustia infinita. Al rato, oí conversaciones afuera y sentí que abrieron la puertecilla.

Me sacaron y vi la luz del día a través de la sábana. El mismo hombre del delantal me destapó. Una mujer le decía a su acompañante que yo no era la que buscaba. Después entraron dos compañeras de oficina, porque las reconocí al instante. Eran Margarita y Jimena.

Lloraron apenas me vieron. Me acariciaron el pelo y la una le decía a la otra que tenía razón en haberme buscado en la morgue de ese hospital de caridad, en donde a nadie más se le había ocurrido. Firmaron unos papeles reconociendo mi identidad y hablaron con los encargados del sitio. Uno de ellos dijo que ya me iban a entregar a la morgue municipal para que me enterraran como NN porque se había cumplido el tiempo reglamentario para estar en ese lugar, sin que hubiese aparecido alguien que me reconociera. “Ahora hay que darle la noticia a Pedro”, dijo Margarita. “Para lo que le importará”, añadió Jimena.

Horas después, entraron dos hombres vestidos de negro con un ataúd. Detrás venía mi tía Adela llorando desconsolada, con un vestido en la mano. La verdad nunca creí que me quisiera, debe ser que tiene remordimientos, pensé. Le entregó el vestido a uno de los encargados y me lo pusieron. Hice acopio de todas mis fuerzas para moverme, a ver si notaban algo, pero seguía forrada como con plomo. “Lo raro es que no se le ha abierto la boca, ni está desjetada”, dijo uno de ellos son-

riendo. “Además lo extraño es que no huele mal...”, hacía comentarios en voz alta sin recibir ninguna respuesta del ayudante. Finalmente, entre los dos me introdujeron al cajón.

Entramos a una funeraria. Allí pude ver a mi marido, a los amigos y compañeros de oficina. Dejaron una ventana del ataúd abierta para que se asomara la gente. Yo les oía lo que hablaban. “Ahora sí va a ser todo mío, siquiera se murió esta vieja que lo celaba”, le dijo Susana, la secretaria de Pedro, a otra compañera. ¡Maldita desgraciada!, ahora entiendo las demoras de Pedro en la oficina, quién sabe desde cuándo era su amante. Si logro resucitar me las va a pagar, pensé. Pasaron frente a mí más conocidos y amigos. Mi padre también apareció. Desde hacía ocho años no lo veía. Me miró con indiferencia y le dijo a la nueva esposa que esa era yo, el vivo retrato de mi madre. Más tarde se acercaron los vecinos del edificio, no dijeron nada pero se quedaron viéndome como si tuviera algo raro en la cara. Ya iban a apagar la luz y a cerrar la funeraria. Se había ido toda la gente. De repente oí que alguien venía por el corredor a toda carrera. El vigilante lo detuvo en la puerta y le dijo que ya no podía entrar, pero el hombre que llegó, lo convenció de que lo dejara estar unos minutos a solas conmigo porque acababa de llegar de Buenos Aires. Que era un sacerdote primo mío y quería rezar. El vigilante accedió y le permitió que se acercara al ataúd.

“Ya regreso, su reverencia. Hace mucho frío y voy a tomarme un café en la esquina. Nadie más puede entrar, señor”, le dijo, y cerró la puerta de la sala de velación.

El visitante abrió el cajón y se puso a contemplarme con especial detenimiento. Lo reconocí enseguida, era Enrique, mi viejo amor de la vida. Un joven alocado que mis padres aborrecieron, porque había estado recluido en un sanatorio para enfermos mentales tiempo atrás y se había atrevido a proponerme matrimonio. Como era hija única, se opusieron. Yo tenía veinte años, les obedecí y lo dejé... Pero Enrique era la persona que más había querido en el mundo. Nunca lo pude olvidar. Con él aprendí a ver la vida de una manera diferente. Hicimos locuras, nos amamos con delirio y fui plenamente feliz. Él me presentó a Pedro, poco antes de nuestro rompimiento. Dos años después supe por Pedro que se había casado con una argentina... y entonces me casé con Pedro.

“Pero ¿qué va a ser de mí? ¿Será que sí estoy muerta y no me he dado cuenta? ¿Será que la muerte es estar en este estado estúpido, sin sensaciones físicas y con toda mi razón lúcida? ¿Cómo hago para que Enrique se dé cuenta de que estoy viva? Él seguía escrutándome como si quisiera descubrir algo. Acercó su cara a mis labios. Me dio un beso, pero mi boca helada no le respondió. “¿Qué te pasó?, ¿por qué te moriste así?”, decía en voz alta como si yo le pudiera responder. Se quitó el abrigo que tenía, me incorporó con un brazo y con el otro me lo puso sobre los hombros, me sacó del ataúd y me acostó en el piso.

Pensé que mi muerte le había hecho reincidir la locura. Me trataba como si estuviera dormida. Vi cuando envolvió en las telas que había dentro del cajón, tres candelabros de bronce que estaban en un rincón. Cerró la tapa, puso dos arreglos florales encima y me llevó cargada en

sus brazos a depositarme detrás de la puerta de la sala de velación contigua. Esperó al vigilante, y cuando regresó, le dijo:

—Mil gracias por ser tan amable al permitirme orar por mi querida prima. Le pido el favor que nadie más abra ese cajón. Le puse esas flores encima para que la dejen en paz.

Le entregó un billete de cincuenta mil pesos. El vigilante, agradecido, cerró la puerta con llave y volvió a salir. Enrique subió al auto y esperó a que el hombre se alejara. Parqué el carro cerca de donde yo estaba oculta y, aprovechando la oscuridad de la noche, me cargó y acomodó con dificultad mi cuerpo en el asiento trasero de su auto.

Arrancó a toda velocidad y mi conciencia en ese momento perdió todo contacto con la realidad.

—Sí, Irene, la hermana de Gerardo. Tienes buena memoria.

—Y yo, Roberto el de siempre, más tímido y menos poeta.

Treinta años sin verse. Se reconocieron de inmediato. Ella emigró a España. Sergio fue el fortuito puente de afecto entre ambos. A veces, efímeros saludos por el andén cuando cada uno iba hacia su respectivo colegio. Ahora, extraño azar de la soledad, se reencontraban e iniciaban un diálogo en un atiborrado centro comercial, imperceptibles para las demás personas. No eran nadie frente a esos jóvenes curioseando precios, marcas, modelos y capacidades de los Smartphone. La invitó a tomar algo en uno de los locales donde vendían café gourmet. Aceptó sonriente. No le ha cambiado la sonrisa, pensó él. Su cabello es más rubio y sus ojos más verdes, pensó ella.

—¿Dónde vives, Irene? No te pasan los años —mintió un poco.

En algún espacio de su cuerpo subsistían vestigios de la angelical criatura que cautivó numerosos muchachos de su época. De intimidante belleza, era la más linda del pueblo. Ella tenía 14 años y él, 18.

Se destacó entre sus amores platónicos. Pensando en ella con toda clase de propósitos, escribió y rasgó incontables poemas, de los cuales nunca le mostró alguno. Se le rasgó el alma cuando Sergio comentó, diciéndoselo a todos en el colegio para que no pretendieran nada más con Irene, que ella había aceptado ser su novia. Una insoportable semana escuchándole relatar detalles de la manera como se declaró a Irene y esta dijo que sí.

—No resistí vivir más tiempo en el exterior —explicó Irene, rebuscando con su mirada el lugar del techo donde pesadas gotas de

lluvia comenzaban a golpear—. El fallecimiento de mi hijo me obligó a regresar...

—Algo supe de eso. Creo que el accidente fue... en Cali —volvió a mentir Roberto.

—En Medellín —corrigió ella—, sentémonos aquí. Podremos hablar con calma.

—¿Qué deseas tomar? —preguntó, sin darse por aludido con el desliz.

—Capuchino con brandi.

—Tomaré lo mismo.

Irene puso su bolso sobre la mesa. Roberto caminó hacia donde preparaban el café. Ella se alisó el cabello y lo miró alejarse. Él se sentía observado, se desplazaba despacio y firme. Irene miraba sus manos y se estrecha los dedos. Roberto constataba que sus zapatos estuvieran lustrosos. Regresó con el pedido. La miró, abstraída en algún sitio del centro comercial hacia donde observaba fijamente. Qué despiadado el tiempo con ella, pensó. Tal vez pensará lo mismo de él. Tan linda y tan ángel que era. La comparábamos con un ángel porque no teníamos mejores imágenes para representarla. Mentalmente hizo la cronológica cuenta, poniendo sobre la mesa los capuchinos que ella ayudó a disponer. Cumplí 71, entonces ella tiene 67. Aparenta más. Acaso por la tortura física y psicológica de varios años junto a Sergio quien, desde que se casaron, sufrió una transformación total en su personalidad.

—¿Con quién vives?

—Cuando regresé al Quindío, compré un apartamento. Mi hija,

con quien nunca me veo, regresó a México después de estar unos años conmigo.

—¿Sola? No volví a saber nada de... de tu esposo.

—Sergio... Sergio... —murmuró Irene, moviendo su cabeza con gesto negativo.

—¿Falleció?

—¡Ojalá! Por ahí anda, alcohólico desahuciado. Nos separamos hace muchos años.

Evocaron aquella época cuando todos envidiaban a Sergio su fortuna de tenerla como novia. Olvidados de la gente circundándolos, regresaron a recorrer juntos por primera vez las tranquilas callecitas y barrios de su pueblo. Entraron a discotecas donde los adolescentes bebían algún refresco y escuchaban música de los años 60. A las mujeres no les vendían cerveza.

—¡Tomábamos ron, mezclado con coca cola! —afirmó Irene.

—Una tarde de sábado, cuando te vi entrar con Sergio, de manera discreta solicité al mesero que pusiera el disco ‘Te necesito tanto, amor...’

—De Elio Roca, ¿cierto?

—Sí, de Elio. Lo repitieron cuatro veces porque di propina al que ponía la música.

—Cinco veces lo escuché y sabía que no era Sergio quien me lo dedicaba... —Irene puso con delicadeza su mano sobre la de Roberto y susurró los primeros versos de la canción: “Te necesito tanto, amor, te necesito, como las flores necesitan agua y luz, como este cielo necesita

las estrellas, como la barca que no vive sin su mar, te necesito por tanto que he sufrido”...

—Me gustabas tanto, Irene.

—Nunca me lo hiciste saber.

—Tenías ojos solo para Sergio y además él era allegado a tu familia. Yo era tan tímido. Conocía de poesía amorosa y mujeres de novelas, pero de las reales nada. Y tú, para mí, habitabas un lugar entre lo irreal y lo real. Yo ni siquiera había besado la primera, sonrojándome frente a cuanta muchacha me atraía.

—Era tu cualidad. También me gustabas. Sin embargo la insistencia de Sergio... Iba hasta mi casa a prestarme discos recientes de Sandro, Raphael, Leo Dan, Oscar Golden, Enrique Guzmán, Herve Vilard.

—Los padres de Sergio tenían más dinero que los míos. Mi papá sólo atesoraba libros y tal riqueza no servía para enamorar mujeres antes, ni mucho menos ahora.

—¡Qué aguacero tan duro el que se desgajó! —dijo Irene, señalando el traslúcido techo del centro comercial, golpeado con furia por la súbita tempestad.

—Sí, desbordándosele a uno por el alma, como si cayera de un poema de Neruda —asintió Roberto, mirando hacia donde ella señalaba.

Tan delgada. Siempre lo había sido pero ahora estaba acentuado. ¿Dónde queda el ángel? Algunos de sus gestos perpetuaban a la sensual adolescente de sus amores platónicos. Aunque el vestido gris de Irene resaltaba su irreversible decadencia física, la insondable mi-

rada era su salvación. Desde esos ojos azules emergían la niña y la adolescente. ¿Y los hombres que la desearon? Estaban igual de avejentados. Dichosos quienes murieron jóvenes. Sin duda, ella estaría viéndolo igual. ¿Por qué se maquillará tanto? En esa época nunca usó maquillaje. Su rostro turbaba a hombres y mujeres. Y ahora, tanta rugosidad castigándole.

Hablaron de vivos y muertos hasta cuando anocheció. Recordaron mucho de los otros y poco de ellos mismos, bastándoles con estar allí juntos. Para ambos, envejecer era el único remedio que hallaban para vivir más tiempo.

—¡Cómo se nos ha pasado el tiempo! —exclamó ella, mirando la hora en su celular.

—Las ocho ya, ¡tan rápido! —añadió Roberto.

—En aquella época no llovía así... —dijo Irene.

—Llovía distinto —aseguró él—. Hacía menos frío y la gente caminaba en pareja debajo de un paraguas.

Se sabían solos entre el bullicio del local, atiborrado por causa del aguacero. “Con permiso”, dijeron dos jovencitos, llevándose las sillas que estaban a su lado. Seguían solos en este islote de gente hablando sin cesar. Los demás, gran parte de ellos, iban ensimismados digitando en sus computadoras, sus tabletas y sus iPhone. Para Roberto, el arte de envejecer era el arte de conservar alguna esperanza de cualquier tipo. En la mesa, estaban los vasos de cartón donde bebieron el capuchino, uno entre el otro.

—¿Deseas más capuchino?

—Sí, por favor, bien caliente. Hace frío. Y tú... ¿qué?

—¿Qué, de qué? —se sorprendió Roberto con la pregunta.

—¿Con quién vives?

—Solo, desde cuando murió mi perro. Traeré los capuchinos.

Cuando Roberto regresó, evitando tropezar contra la gente, traía en una bandeja las espumeantes bebidas y dos almojábanas recién horneadas. Se sentó más cerca de Irene, quien retornó el hilo del diálogo.

—Tuve una gata llamada Sara y me la envenenaron. Una siamés. Durante seis años fue mi compañera.

—El perro que me regaló mi hija, murió de viejo.

—¿Dónde está ella? ¿La ves con frecuencia?

—Vive en Bogotá, pero desea regresar a Estados Unidos. No existimos el uno para el otro.

—¿Vives lejos de aquí?

—Puedo pagar un taxi.

—Si no tienes afán, te convido a unos vinos en mi apartamento.

Aprovechando cuando escampó un poco, salieron apresurados.

El apartamento, con atrayente privacidad femenina que Roberto no experimentaba desde muchos años atrás, era elegante y sobrio.

Persistiendo con su nostalgia, Irene le invitó a ver un video de Leonard Cohen. Sincronizó la canción para que se repitiera, invitándole a bailar.

—Dance me to the end of love. Me conmueve este nostálgico tema

—comentó Roberto.

—Llévame bailando, atravesando los telones que han ajado nuestros besos, levanta una carpa aunque todos los hilos estén rotos —trajo Irene, cantando en voz baja.

Al concluir la música, descubrieron a través de la ventana que la tempestad azotaba el edificio. Guardaron silencio, mirando desde la ventana el húmedo pavimento que irradiaba luces de automóviles y pilotos del alumbrado.

—Hay dos alcobas. ¿En cuál deseas dormir? —preguntó Irene. La vio entrar a la alcoba y sentarse llorosa al borde de la cama. Roberto se aproximó y comenzó a desabotonarle la blusa.

—¿Qué haremos con tanto invierno? —le dijo al oído.

## *Mención de Honor Medellín*

### *El regreso*

.....  
*Por Efraín López Mogollón*

*Nacido en Bogotá en 1953. Ingeniero Mecánico, con especialización en Ingeniería de Petróleos y Seguridad Industrial. Las largas rotaciones por países de América, África y Europa propiciaron su hábito por la lectura. Siempre ha escrito para él y para los suyos, con publicaciones esporádicas en Canadá y México.*

~~~~~

Doblaba sus dos prendas de ropa y el desfondado suéter para meterlo en la mochila, pensando en todo lo que había pasado durante estos diez años. Los sufrimientos, las lágrimas, las enfermedades. La muerte de su padre al poco tiempo de haber llegado a Soacha. Recuerda cómo durante casi siete días con sus noches, él tosía y tosía, con su cara cada vez más amoratada, quedando exhausto luego de esos combates con el aire que intentaba meter a sus pulmones. Escucha sus últimas palabras, pronunciadas en medio de su delirio febril, con la mirada rota, puesta en ella, al ver el desamparo en que la dejaba, al sentir su impotencia para cambiar su desalmado destino.

Doblaba los recuerdos, y con la mano se enjuagaba las lágrimas que creía no tener y que salían de esa fuente que ya había agotado después de tantas jornadas de soledad, enfrentando peligros indecibles. En cada pliegue de esos recuerdos, había una noche fría, un irse

a dormir con hambre, un desapego por la vida que solo se disminuía un poco al llegar cada amanecer.

Ayer había recibido una carta de su tío Jorge, el hermano de su madre, donde le informaba que como producto de los tratados de paz con la guerrilla, se habían abierto espacios para que los campesinos que se habían visto obligados a abandonar sus tierras, regresaran a sus fincas y las ocuparan de nuevo. No decía mucho más, ya que él no vivía en el pueblo. Ella aún no sabía cómo iba a reclamarlas, ya que la noche en que salieron del pueblo, luego de la muerte de su hermano, no llevaron nada con ellos. Solo esos recuerdos que aún flotaban en su mente.

También los paramilitares se habían ido hacía buen tiempo, ya que esas tierras no eran apropiadas para el cultivo de coca por lo empinado de las montañas y la dificultad para cortar y procesar la hoja. Algunos recuerdos alegres vinieron a su mente, como los rayos del sol del páramo, que calientan muy tímidamente el alma. Y también vinieron recuerdos de tristeza, que eran la gran mayoría, recuerdos que se untaban a los huesos como se untaba la greda de la orilla del río a las botas de caucho que usaba cuando niña.

Ella no tenía consciencia del tiempo. No había una señal en su camino que le dijese si eran tres, cinco o cuarenta años, los que habían pasado desde el comienzo de esa orfandad, o mejor, desde el fin de su felicidad. Enumeró cada ocupación, desde cuando empezó a vender en los semáforos, oficio que aún desempeñaba, ofreciendo trapos chinos, a dos mil pesos, para ganarse doscientos por unidad y darle el resto al

mayorista que le daba la oportunidad de venderlos. Había vendido de todo. Empezó con pañuelos de papel, luego frunas, chocolatinas, peines; cuando había cosecha, mangos y mandarinas empacados en chuspas de plástico que ella misma preparaba del guacal que le dejaba el mayorista, a las cinco de la mañana, en el mismo andén donde vendía.

Varios mayoristas la habían usado. El primero, a quien encontraron muerto bajo el puente de la 30 con 45, una mañana cuando fueron a recibir la mercancía con su padre; el mismo que la había violado muchas veces, engañando a su protector, diciéndole que la llevaría a trabajar en otra esquina, y subiéndola en su destartalado carro, llevándola hacia los potreros que hay entre Fontibón y Funza, y abusando de ella, para luego pegarle pellizcos en el pecho hasta hacerla sangrar, donde nadie pudiese verlos, y torturarla con amenazas de matarla si llegase a decir algo.

Él no sabía, que ella era inmune a la violación. Que su cuerpo ya no habitaba en ella y que su alma seguía siendo virgen y lo sería por siempre. Quizás por eso nunca quedó en embarazo y su vida no se complicó aún más, teniendo que cuidar algún vástago. Este hombre, mató en ella lo poco que quedaba. Sus ojos nunca más brillaron, y la música no volvió a sonar nunca más en sus oídos. Su piel dejó de sentir. Todo en ella quedó quebrado y desmembrado, como había quedado el cuerpo de su madre cuando los paramilitares la asesinaron y desuartizaron a la orilla del río de su pueblo.

Recordó cómo atravesó todo un abanico de mercaderes, los que también luchan por salir a flote explotando a otros. Usando la anemia

y la enfermedad de sus congéneres para producir lástima a los conductores, en el minuto que dura el cambio de luz en el semáforo. Lo único diferente de cada uno de ellos era el producto.

Aún retumbaba dentro de ella la frase última que pronunció su hermano de tan solo cinco años, poco antes de morir, “Me quiero morir hijueputa”. Para ella, una niña de diecisiete años, esa frase empezaba a tener sentido. Palabras que la mayoría de los seres humanos no quieren oír; grito de angustia y desesperación ante la fatalidad y miseria de la vida; quizás porque se tiene certeza de que nada cambiará y que esta tortura se extenderá por el resto de sus días, desde la mañana a la noche, desde la noche a la mañana, y que no importa qué se haga o cómo se haga. Su futuro ya está escrito, y la desviación de lo conocido será poca. Pensó ella, ¿si también iba a morir sin conocer el mar como su hermano?

No tenía dinero para el viaje y se valía de la señora del puesto de venta de cigarrillos y caramelos de la calle donde ella compartía el andén con su puesto de chiros. Le pidió plata prestada para el pasaje del bus, explicándole que iba a regresar al pueblo; dinero que le prestó bajo el compromiso de que se lo devolviera una vez llegara al pueblo. Cerró la mochila de tela, salió del cuartucho, donde sólo había un colchón sucio y unas revistas deshojadas que ella recogía de la basura que tiraban, una vez al mes, frente a la peluquería de la calle donde vendía sus trapos. Puso el candado en la puerta y se asomó a la calle. El día era luminoso.

Llegó al terminal en un bus al cual no le cabía una persona más.

Estaba acostumbrada a ello. Compró el boleto para el primer bus que salía hacia Medellín, y allí transbordaría tomando otro bus hasta Santa Rosa.

Se subió en la parte de adelante y se sentó en la ventanilla. Se sentía con ánimo. Era la primera vez que hacía algo diferente en diez años. Todos los días, incluyendo los domingos, había estado en la calle, tratando de escamotearle unos pesos a la vida, para poder pagar el roto donde dormía y el plato de sopa que se hacía cada noche. Su pobreza era casi tan grande como su tristeza.

El bus tomó su tiempo en salir del enjambre metálico de la ciudad y se encaminó por la carretera a Medellín. Pronto su cara empezó a cambiar. Sentía algo dentro, como si dentro de su cuerpo algo se moviera. No había nadie sentado a su lado. Dormitó un poco ya que no había pegado el ojo en toda la noche, por la excitación que todo esto le traía.

Cuando despertó, el bus se desplazaba a gran velocidad por la carretera, en el Magdalena medio cerca a Puerto Triunfo. El olor que entraba por la rendija de la ventanilla era agradable, era un olor que renacía en su recuerdo, olor a campo, a finca, olor a tierra húmeda y cálida. Veía el ganado en los potreros, algunos caballos pastando, y algunos jinetes corriendo por las praderas. Las aletas de su nariz, se abrían y el aire caliente hacía mover algo más que sus pulmones.

Más adelante, al llegar a la montaña, los ojos se le nublaron con lágrimas al ver en una casa campesina un niño correr para elevar una cometa, y regresó la imagen de su hermano, que decidió morirse niño,

al haber perdido el reto que le hizo la vida, matando sus sueños, asesinando toda su esperanza. Ella ya no recordaba qué era llorar y en las últimas cuarenta y ocho horas, todo había sido llanto y temblor dentro de sí. ¿Es que acaso ella vivía todavía?

En el terminal de Medellín descendió del bus y fue hasta la ventanilla a comprar el tiquete para Santa Rosa. Tuvo suerte ya que solo había dos buses al día y el último saldría en media hora. Compró el tiquete y caminó mirando las vitrinas de los almacenes del terminal, donde vendían comida que ella no probaba hacía muchos años. Aún existían los piononos, las melcochas, los turrones. Compró una caja pequeña de estos y el dulce sabor la transportó de nuevo a esa ya lejana infancia, cuando todo era feliz, cuando todo era alegría y amor, en compañía de su mamá, de su papá y de su hermano. Pensó, en cómo era posible que algo que entraba por la boca o por la nariz, pudiese llenarla de recuerdos, de cosas ya inexistentes hasta el día de ayer.

Y se conformó con pensar en que quizás soñaba y que iba a desperdiciar dentro de esa misma triste miseria a la cual había sido condenada sin haber cometido más delito que vivir en el sitio equivocado.

Al cabo de dos horas, veía su pueblo a lo lejos, clavado en la colina, se incorporó y le pidió al chofer que la dejara frente a la escuela, antes del pueblo. Al llegar allí, se bajó del bus y caminó por la trocha que conocía muy bien, tanto que podría hacer el recorrido a ciegas. Al llegar al sitio donde antes había estado su casa, no la vio. Se agachó y pasó bajo la cerca, y notó algo en el monte. Este estaba muy crecido. Con la mano, fue retirando maleza y encontró un muro de adobe, allí estaba

la casa. No la habían tumbado. Gritó de felicidad y sin pensarlo, empezó a tumbar rastrojo, y monte con las manos, desesperadamente. No percibió que se hacía daño, solo le importaba encontrar la puerta y la encontró luego de romper, halar y tronchar. La empujó con fuerza y esta se abrió. Todo estaba allí. Todo igual a como estaba el día en que salió de madrugada con su papá huyendo de la muerte.

Gritó con fuerza, lloró de nuevo, estaba segura de que todo volvería a ser como antes, que la huerta daría verduras, que las gallinas pondrían huevos y la vaca daría la mejor leche del mundo. Todo sería nuevamente felicidad y ya nunca más habría tristeza en su alma.

Mención de Honor Cali

Dos amigos

.....
Por Carmen Elisa Benavides

Nací en Cali en 1953. Soy contadora y me pensioné hace 7 años. Pertenezco a Palabras Mayores de Vida en Plenitud, programa promovido por Coomeva. En 2007 publiqué un libro en inglés titulado “A dream made of words”, ensayos escritos durante un taller de escritura tomado en Omaha – Estados Unidos.

~~~~~

—Buenos días, señor, ¿podría por favor darme albergue y comida por unos días?

El que preguntaba era un hombre de tez blanca con grandes ojos azules y cejas pobladas, alto e increíblemente enjuto. Su seguridad en el hablar y sus gestos denotaban que era un hombre amante de la aventura. Porfirio, el posadero, era un hombre bajo y rechoncho, de ojos vivaces. Tenía con su mujer una posada desde hacía tantos años que ya había perdido la cuenta. Recibía en su posada a todo tipo de personajes, desde turistas hasta traficantes y prófugos de la justicia. Era una posada pequeña y con una vista hermosa.

Cuando el forastero entró, Porfirio observó una peculiar cicatriz que le marcaba el pómulo. El hombre se sentó lentamente como si llevara un gran peso encima, tomó la bebida que le ofreció la mujer y se dirigió al cuarto. Como a eso de las 7 de la noche, le preguntó a Por-

firio si había algo fuerte para beber y el posadero le ofreció una botella de ron. Se sentaron juntos a beber en un silencio absoluto, parecía que ninguno de los dos quisiera romperlo. Después de tomarse varios tragos, Porfirio soltó la lengua y le preguntó el porqué de esa cicatriz.

El forastero lo miró con rabia. Por un segundo, Porfirio cerró los ojos y creyó recibir un golpe; le impactó tanto su mirada. Pero cuando los abrió, la mirada del forastero había cambiado, parecía devolverse a un tiempo lejano. El forastero se paró y dijo:

—Por favor, no quiero ningún reproche, tampoco su compasión, sólo escúcheme —y comenzó el siguiente relato:

—Vivía con mis padres en Alemania, en una ciudad llamada Potsdam junto al río Havel. Mi familia era de clase acomodada y tenía muy buenas relaciones con una familia venida de Polonia. Esta familia tenía un hijo de mi misma edad llamado Martin, éramos grandes amigos. Una vez cuando él tenía 18 años, le salvé la vida sacándolo del río adonde cayó en una práctica militar.

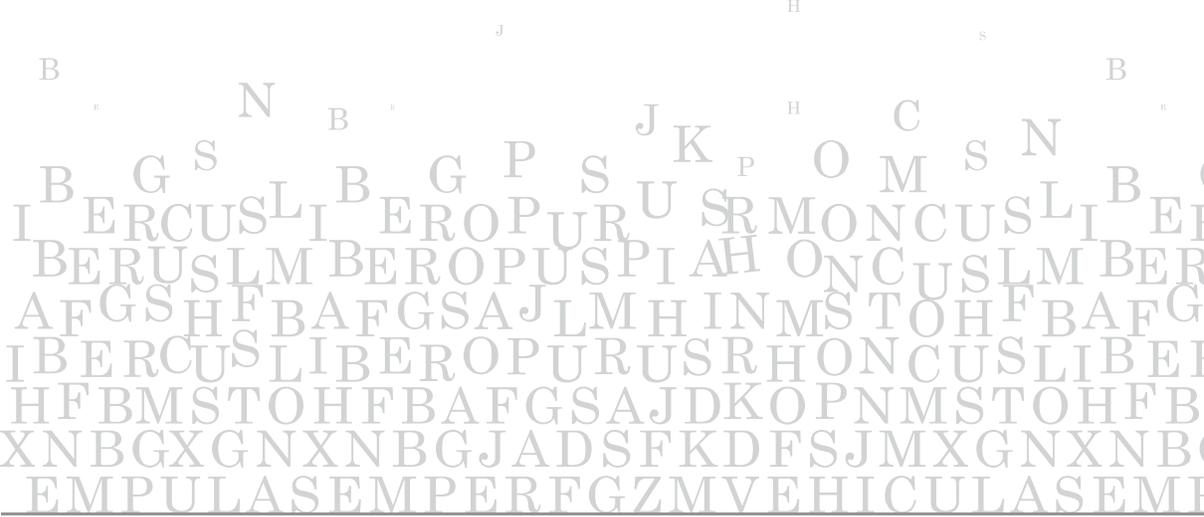
»Yo decidí estudiar medicina y Martin se enroló en el partido nazi, actuaba como agente encubierto. Yo no lo supe hasta aquella aciaga noche. Nos dejamos de ver por muchos años. Cuando volvimos a encontrarnos, compartimos unos tragos, recordando momentos de nuestras vidas. Esa noche Martin se quedó en mi apartamento y lo escuché hablando con alguien en voz baja. No pude evitar la curiosidad de escuchar la conversación, estaba informando los horarios de salida y llegada de mis padres a casa. En ese preciso momento llegaron agentes de las SS y me apresaron.

Hubo un largo silencio. La voz del forastero se volvió un gemido cuando dijo:

—Ese mismo día me di cuenta de que una familia entera había sido llevada a un campo de concentración.

—Entonces... —dijo el posadero— ¿y qué pasó con Martin?

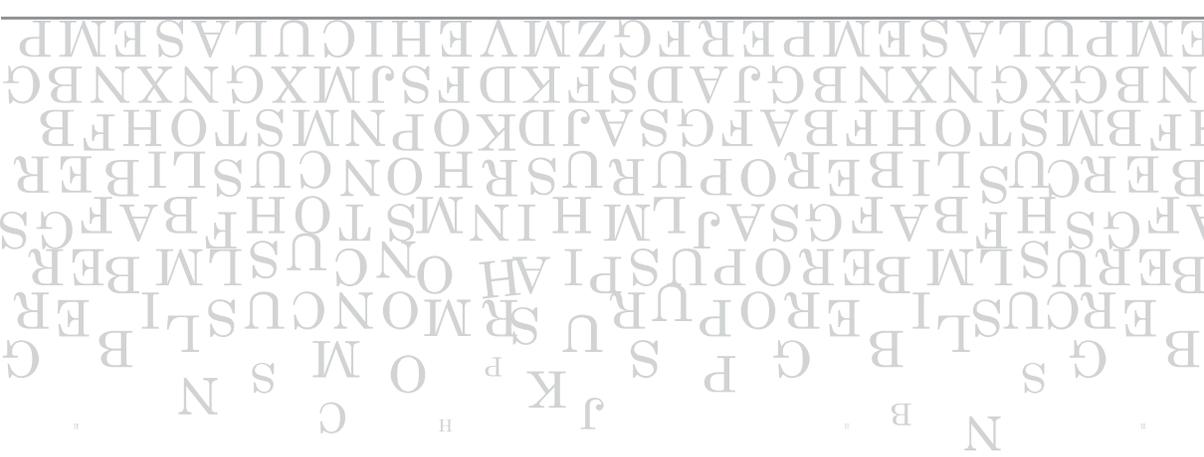
—Yo soy Martin —replicó el forastero— Mi amigo y su familia eran judíos y yo los delaté, traicioné una amistad de tantos años, traicioné a aquél que me salvó la vida. Mi doctrina hizo de mí un hombre pasivo, sumiso a un líder, y olvidé aquellos principios tan necesarios para vivir: la amistad y la gratitud. En la huida, mi amigo tomó de su colección de espadas una en forma de media luna y me asestó un golpe en la cara, marcándome de por vida. Solo la muerte podrá sacarme de este infierno en que vivo.



---

## **CUENTOS FINALISTAS**

---



*Finalista Bogotá*

## *Celos, pasión fatal*

.....  
*Por Óscar Benjumea Gómez*

*Nació en Tuluá, Valle, en 1937, pero desde muy corta edad se trasladó a Bogotá. Es un publicista con un particular interés por la escritura. Fue uno de los primeros alumnos del maestro Isaías Peña en el ya tradicional Taller de Escritura Creativa de la Universidad Central. También ha pertenecido a talleres del Gimnasio Moderno y de la Biblioteca Julio Mario Santo Domingo.*

~~~~~

Hay frases que de tanto oír las decir se acaba por creer que son siempre ciertas. Así le sucedió a Inocencio, quien llegó a convencerse de que Yago era el mejor amigo, además, porque desde el día en que lo llevó a conocer su hogar, recibió de él muchas muestras de un afecto que le pareció desinteresado. Fue un cariño mutuo que fluyó fácil y espontáneo; tanto que llegó a convertirse en el compañero que más frecuentaba fuera de su trabajo. Sólo al periódico y al noticiero diarios les dedicaba más tiempo, aunque no más cuidado. Sin embargo, la relación de su mujer con Yago fue más tortuosa, al menos al principio, porque si durante los veintiún años de ese matrimonio estable solo por la rutina, ella nunca gustó de sus afectos y allegados, mucho menos iba a aceptar a un individuo de su raza; y no era en particular por su color; era, según decía, pura cuestión de asepsia, nada personal. Pero, al nuevo amigo de su esposo, este rechazo inicial no pareció ofenderle,

pues al contrario, comenzó a demostrar por Sara una devoción creciente. Siempre que llegaba a la casa, le tendía la mano con predilección; se situaba discreto cerca a ella y, en fin, fue dando muestras inconfundibles de un afecto que a Inocencio sólo le parecieron manifestaciones del natural cariño que Yago debía hacer extensivo a la familia, pues, aunque el menor de sus dos hijos acababa de arribar a la mayoría de edad y ambos ya permanecían poco tiempo en el hogar, ellos sí correspondían deferencia a los halagos del novedoso amigo de la casa, lo cual hacía que Inocencio se sintiera más incómodo con Sara por su apatía con Yago. Pero como la constancia vence casi siempre y aquél era tenaz, la mujer comenzó a ceder a las lisonjas para tranquilidad de Inocencio.

Así es la vida, se dijo. Incluso al poco tiempo enseñaba a unos compañeros de trabajo una nueva foto de la familia en su billetera, con la imagen feliz de Sara abrazando cariñosamente a Yago; a mi hermano menor —comentó a sus amigos. Porque en verdad Yago era un individuo joven, esbelto y de buena estampa.

Precisamente una noche de viernes, al regresar a su casa, luego de dar una vuelta con el amigo, encontró que su mujer había comprado para Yago un fino cortaúñas muy especial. Una semana después, notó que le había obsequiado un juego de toallas que a él nunca le hubiera regalado. Días después, un fino talco para el cuerpo; y comenzó a sentirse incómodo. Empezó a corroerlo una sensación casi inconsciente que al principio rechazaba por la parte irracional de la situación que le reconocía. Pero algunas noches, cuando al llegar lo encontraba en el

sofá de la sala al lado de Sara, sobre todo cuando notaba la deferencia de ella por Yago, era cuando le acometía de nuevo el cruel prurito de Otelo, que se fue haciendo más consciente a medida que fue recapacitando en que tal vez ella nunca lo había querido.

Volvió a beber del licor que había abandonado ya hacía tiempo; y el afecto que sintió por el mejor amigo se convirtió en desprecio, que no llegaba hasta el odio, pues la culpaba era a ella.

Cierta noche que llegó tragueado, entró en la sala; como ya habían apagado las luces, todo estaba a oscuras. Subió hasta su alcoba, abrió sigilosamente y, allí, en su propia cama, al lado de su esposa, quien por la proximidad del calor del otro cuerpo que contrastaba con su color, tenía al descubierto su pierna derecha en la totalidad de su blanca hermosura, yacía Yago, indolente y dormido. No resistió, y en un arrebato, producto del alcohol y los celos, descerrajó sobre aquel cuerpo el único tiro de su pistola estilógrafo, calibre 22.

Aunque la justicia no lo perseguía porque nadie lo denunció, Inocencio abandonó su casa a hurtadillas esa madrugada, acosado por la vergüenza, perseguido por las risitas maliciosas de los vecinos que a su paso se burlaban del hombre cuya mujer convalecía de un preinfarto al corazón, ocasionado por el tremendo susto que él le causó cuando dormía, porque en un ataque de celos, había herido gravemente de un disparo a Yago, su hermoso perro dóberman.

Finalista Bogotá

El lobo de mar

Por Juan Manuel Jaramillo González

Nació en Manizales en 1942. Tiene 72 años. Arquitecto con estudios de postgrado en Urbanismo. Aún ejerce su profesión. Ha publicado tres novelas: “Don Juan Jaramillo, del viejo al nuevo mundo”; “El Corredor Polaco o la sotana de Camilo”; y, su reciente novela, “Generación Épsilon Alfa”. Es ganador del concurso del cuento de navidad de El Espectador 2014. Pertenece a la tertulia literaria de Beatriz Navas.

Miré a aquel hombre, era diferente al común de los transeúntes en esta ciudad a más de 1.000 km del mar. Parecía un marinero, de mediana edad, barba de varios días, gorra de lana, de la que sobresalían mechones de pelo cano; traía una chaqueta de viaje marrón, amplios pantalones y una mochila a su espalda. Su cara me parecía conocida, pero no pude recordar de dónde. Miraba al horizonte, tratando de encontrar en el mar del tráfico el colectivo que lo llevaría al sur de la ciudad.

Lo vi en varias ocasiones en el mismo sitio a través de la ventana del bus. En una de ellas parecía discutir con una rubia y joven mujer. En otra ocasión, lo acompañaba otra un poco mayor, morena y agraciada. Se veía complacido con su compañía.

Una semana después, lo vi descender de un bus cerca de mi ofici-

na, con aire de desembarcado a la fuerza. Era la viva imagen que había construido en mi imaginación del personaje de los libros de Álvaro Mutis. Era Maqroll el Gaviero, un ser vagabundo, apátrida y anarquista, tal como lo describía en sus novelas viajando por el mundo, en el viejo Tramp Steamer.

Lo dejé de ver por unos meses, pero a finales de año apareció de nuevo, protegiéndose de la lluvia en el cobertizo del paradero. Hablaba de manera reservada a otras personas. Seguramente, él se había involucrado en algún problema como montar un prostíbulo similar al de Panamá. Aquél, en el que las mujeres atendían disfrazadas de cabineras, o tal vez estaba planeando un viaje en un planchón por un delta del gran río en busca de maderas preciosas de prohibida explotación. O aún peor, involucrado en tráfico de armas para la guerrilla.

Días más tarde lo vi caminando, con ese andar de marinero, pensando seguramente que estaba enfadado con la vida, porque habitaba un mundo que no corresponde con sus sueños. El tráfico hizo que el colectivo en que me encontraba se detuviera frente a él y, sin darme cuenta, le hice un saludo como si fuera mi amigo. Él me respondió con un gesto un tanto militar, tocándose su vieja gorra, lo cual me llenó de alegría. ¡Él me había saludado!

A los pocos días, vi al marinero tendiendo la mano para detener el bus en que yo viajaba. El conductor parecía su amigo, le hizo una señal para que subiera. Alzó su mochila, subió con dificultad. Yo estaba emocionado, ahora lo podría contemplar a mi antojo y comparar la ficción con la realidad. El conductor no le cobró. Puso su mochila en

el suelo, la abrió ante la expectativa de los pasajeros y sacó su mano llena de lapiceros de colores y los empezó a ofrecer con gran dignidad a los ocupantes de las sillas.

Mi sueño se desvaneció, ¡Maqroll era un simple vendedor ambulante, un donnadie, un cualquiera!

—A mil pesos —me dijo, poniéndolos frente a mis ojos.

Dudé unos segundos mientras él esperaba mi respuesta:

—Deme dos —respondí, con un tono de voz desconocido.

A las pocas cuadras, descendió por la puerta trasera, haciendo con el dedo pulgar una señal de aprobación al conductor.

Fue una mañana, en la que tenía varios compromisos en el centro.

Cuando volví a encontrarlo, después de varios meses. En esta ocasión subió al bus sin su mochila, con una gorra de color diferente, buscó dónde sentarse y descubrió una silla vacía, contigua a la mía.

—Yo lo he visto antes —me dijo, hablando con un marcado acento extranjero, mientras se sentaba.

—Sí, le compré dos lapiceros de colores hace unos meses —le dije con desgano.

—¡Ah!, ahora tengo un modelo diferente, que traje de Panamá. Mire, me quedan pocos. —Abrió su chaqueta y en el bolsillo interior tenía varios lapiceros, y tomó uno mostrándomelo—. Tiene varias opciones de minas de colores y un buen borrador —agregó, explicando su funcionamiento—. Sólo vale \$5.000.

El artilugio parecía interesante.

—Me llevo uno —le dije. En ese momento, sin razón alguna, le

pregunté:

—¿De dónde es usted?

Él me miró extrañado. Seguramente mi pregunta lo tomó por sorpresa, hizo una pausa y respondió:

—De Bélgica, del Puerto de Amberes.

—¿Entonces usted debe ser... marinero? —pregunté esperanzado.

A él se le iluminó la cara, observé que tenía su nariz un poco roja, seguro era un buen bebedor.

—Sí, soy capitán de altura —sacando una tarjeta de su bolsillo que decía:

“Peter Janssens, Capitán de Altura”

Práctico del Canal de Panamá

Correo: janssenscapitan@gmail.com

—¿Práctico del Canal de Panamá? —leí en voz alta, con cierta duda.

—Sí señor, estoy encargado de conducir las grandes embarcaciones de contenedores por el canal, trabajo por temporadas —dijo, como dando una explicación.

—Pero, entonces... ¿por qué vende lapiceros en los buses?

Él, sonriendo, dijo:

—Mire, señor, yo vengo con frecuencia a visitar a mi hija, ella trabaja en la embajada de Bélgica y me sobra mucho tiempo en esta ciudad. Además, me siento un poco solo sin el mar y mi gente —hizo una pausa y, mirándome con sus ojos grises enmarcados por unas cejas

entrecanas, continuó diciendo: aquí en este altiplano, a 2.600 metros sobre el nivel del mar, lo más parecido a un barco es una tractomula o un bus que navega en las olas del tráfico, y lo más parecido a un marino, es un conductor de estos vehículos —volvió a guardar silencio y luego comentó con su marcado acento galo—. A mi hija no le gusta que yo aborde los buses para vender lapiceros, pero yo lo disfruto.

Seguramente, pensé, era la bella rubia que lo acompañaba días atrás, la que se veía en aquella ocasión bastante contrariada, y con razón.

—¿Entonces, por qué lo hace? —dije, mientras recordaba la frase de Mutis: Maqroll se embarcaba en irrisorias empresas, midiendo de antemano la inutilidad de las mismas, es que gracias a ellas podía seguir sintiéndose vivo.

—Muy fácil, me gusta hacer amigos y descubrí que esta ocupación me permite conocer gente. Por ejemplo, ahora me dirijo a un piqueteadero en el sur, donde los conductores me van a hacer una despedida.

—¿Despedida?, ¿por qué? —lo interrumpí.

—Mi hija fue trasladada a la embajada en Argentina.

—¿Se va con ella de Colombia?

—Sí, la pienso acompañar y estaré trabajando por un año como práctico encargado del cruce de los barcos por el estrecho de Magallanes.

—¡No puede ser! —dije, pensando que mi vecino era realmente un “Lobo de mar” como Maqroll.

—Sí, en mi juventud crucé todos los mares. Antes de Panamá es-

tuve en Estambul como capitán, en un buque carguero entre el mar de Mármara y el Mar Negro.

Imaginé que iba a empezar a relatarme sus aventuras, dudé si quedarme o levantarme, estaba cerca de mi destino y lo último que le escuché decir fue:

—Dentro de poco tiempo pienso regresar, tengo una buena amiga que conocí en este país y nos queremos radicar en un pueblo de la Guajira, frente al mar; me gusta el calor y el olor a la guayaba.

En ese momento me acordé de la otra mujer, la morena agraciada.

La parada se acercaba, me levanté pensando que se dedicarían al contrabando en la Guajira, y antes de descender, le dije:

—Adiós Maqroll.

Él respondió con una gran carcajada:

—Usted no es el primero que me lo dice.

Finalista Bogotá

El hallazgo

Por Aldo Fernando Forero Góngora

Ingeniero Electrónico y Magíster en Educación. Además de su actividad en el sector de las tecnologías de información y telecomunicaciones, siempre ha manifestado un interés creciente por la literatura. Desde 2014 participa en talleres de lectura y escritura creativa en Colsubsidio y con la Fundación Fahrenheit 451.

La casa de los desaparecidos destila moho en todos los rincones. Desde el fallecimiento de Dionisio Alfaro, el patriarca de la familia, un lustro más tarde que su adorada esposa, no ha sido posible localizar a los dos hijos del matrimonio para decidir la suerte de este singular palacete en medio de las masas de concreto y ladrillo que inundan la ciudad. Se dice que ellos optaron por buscar fortuna en otro país del cono sur.

Pocos días después del funeral, en mi función de albacea, tuve la oportunidad de visitar la otrora señorial mansión. Desde su opaca verja se advierte el paso de los años y el pequeño camino de piedrecillas que conduce al portal principal. En el vestíbulo, un perchero y el pequeño baño debajo de la escalera de madera. Unos pasos más adelante se descubre el salón principal con el tablado de parque, un envejecido aparador y un tapete persa curtido de historias ya vividas. A un costado, el majestuoso comedor con sus paredes enchapadas en un impecadero cedro, la mesa de doce puestos, el bifé y, encima, la hermosa

lámpara de lágrimas, que seguro adornó el sitio de las tantas reuniones familiares. Un pasillo conduce a la amplia cocina, ahora abandonada. En el jardín, un palo de guayabo ajado y encorvado y, a un lado, la gruta de la Virgen del Carmen. En el segundo piso aún perduran los recintos con los amplios chifonieres y las inolvidables palanganas. El baño simula una escena en cámara lenta con una tina en el medio y una amplia repisa para los cepillos, cremas y ungüentos sanadores.

En la parte alta de la casona, una buhardilla sembrada entre el techo inclinado respira el aliento de quién sabe cuántas tertulias en noches de bohemia.

El primer día de mi incursión en esta enigmática casa, sentí el sello personal de su antiguo dueño. En cada pared el cuadro apropiado, en cada recinto el mobiliario de estilo clásico y esmerado labrado. Al hurgar cajones y vislumbrar paisajes a través de armoniosas celosías, presumo la cuidadosa forma en que Dionisio Alfaro construyó no solo su hogar, sino su vida entera. Por eso me desconcierta pensar cómo sus últimos años transcurrieron al vaivén de un destino incontrolable y cruel.

Según el testimonio de varios conocidos, Dionisio dedicó gran parte de su vida a la importación de equipos médicos, con lo cual logró consolidar un mercado en expansión y asegurar el porvenir de su familia. A su casa acudieron empresarios, políticos y académicos de renombre, que siempre lo acompañaron en los ágapes con los que solía estrechar los vínculos sociales. Sin dejarse obnubilar por el poder ni la riqueza, compartió con propios y extraños sus horas de gloria. A la

muerte de su esposa, empezó a sumergirse en la inevitable pesadumbre y la progresiva señal de párkinson fue el presagio de la última parte del camino. A punto de cumplir ochenta años, los hijos vigilaban sus horas. Lo cierto es que muy poco se supo de él, hasta la mañana en que la empleada ocasional lo encontró yerto en su cama.

En mi tercera visita de reconocimiento, y luego de una minuciosa búsqueda de la preciada llave, logré acceder a la cajilla del escritorio, donde guardaba sus objetos y papeles más preciados. Allí hallé la argolla de su matrimonio y un collar de esmeraldas, los dos tiquetes de avión a un destino de las mil y una noches y una foto conmemorativa de sus bodas de oro. Al fondo, las cartas y copias de documentos personales. A la izquierda, una pequeña grabadora: “Las sombras me persiguen y me aturde el intelecto. Cada día siento más burdos mis movimientos y mis extremidades caen agotadas. Cada crepúsculo me enerva el recuerdo de la ignominia. ¿Por qué te fuiste Sara? ¿Acaso no disfrutamos los veranos y el cerezo en flor? No sé por dónde empezar, mas no puedo guardar las heridas sin curar. Quise no molestar, pero fui perturbado, maltratado y señalado por mis hijos. Por mis recurrentes torpezas me condenaron a tomar mis alimentos en la mesa situada entre el patio y la cocina. Con dificultad calmaba el hambre, y con humillación y sevicia paliaban mi decrepitud. Por eso, escogí vivir sin exclusión. Ahora sufro los embates de la miseria física y de la rasgadura del alma. Intenté disfrazar el presente y vivir en el pasado.

»Agoté mi último aliento y ahora no puedo soportar el fantasma que me acosa. ¡Oh, Divina Providencia!, permite reconciliar mis senti-

mientos. Carezco de la pócima del olvido y lamento las acciones y omisiones. Éste será mi testimonio póstumo y, quizás, mi fiel servidora, Paquita venga a socorrerme aquí y allá, cuando el juicio final llegue”. Un día más tarde, me estremecí al desplegar una tapa en el desván. Dentro del baúl color café, dos calaveras aceleraron mis palpitaciones.

Finalista Bogotá

Me pregunto qué seré

Por Margarita Torres González

Bogotana de 65 años. Desde temprana edad sentí el gusto por la escritura. Siento que tengo una gran facilidad para resumir y decir muchas cosas con pocas palabras; por eso me encantan los cuentos. En los últimos años, he estado vinculada a talleres de escritura en la biblioteca de Colsubsidio de Usaquén.

Ay... Ay... Ay... Cómo me duele la pata... no era que volviera a hacerlo... por segunda vez me lanza desde el balcón; yo sólo estaba jugando con las lanas que están cerca de esa caja que tanto miran... luego sentí la necesidad de afilar mis uñas y qué mejor que en la cortina... esa de tantos colores...

Pero ahora estoy muerto del frío y del hambre... para colmo, me duele tanto la pata... y este árbol tan alto que deja pasar todo el viento... frío y húmedo... me voy a arrunchar debajo del farol de la calle para que me dé algo de calor... Ummm qué bueno sería encontrar un ratón... no... mejor una paloma... me relamo los bigotes de sólo pensarlo ...

Pero, ¿qué pasa allí? Veo que viene una señora... se le acercan dos tipos... veo brillar algo... ¿de qué estarán hablando? Esta señora se ve muy agitada... trae un paquete que huele muy bien, se me hace que trae algo de comida...

¡¡¡Pero si es mi ama, Brumilda!!!

La voy a sorprender, me voy a lanzar sobre ese paquete que huele tan bien... ¡¡¡Tengo tanta hambre!!! Pero voy a esperar a que se acerquen un poco, gruñiré lo más duro que pueda... para que nadie piense que voy a compartir... Lo quiero solo para mí...

Salto... gruño... vuelvo a gruñir, todos miran hacia arriba... veo mi sombra sobre la nieve muy, muy grande. El más joven huye despavorido, el otro queda estático. Caigo sobre su hombro, lo alcanzo a arañar... en la cara y en la oreja... gime de dolor... sangra...

Para deshacerse de mí, me lanza sobre mi ama Brumilda... y huye... con mi peso, cae hacia atrás... lanza un grito terrible... se desparrama el paquete y aprovecho el desorden para calmar mi apetito.

No sé por qué me acaricia... ríe y llora a la vez. Me reprocha porque le hice perder el pastel de pollo que le traía a Rogelio, su hijo, pero se ríe... porque le espanté los tipos que querían su cartera y me hace sentir como un héroe... luego se acuerda del pastel y paso a ser un villano... ¿Al fin qué seré?

Finalista Quindío

La vieja Winchester

Por Heriberto Vargas Sánchez

Gestor cultural, radialista comunitario, cogestor de la emisora comunitaria Edén Estéreo 91.3 FM, de La Tebaida (Quindío) y de la Biblioteca Pública Integrada “Miguel Londoño Echeverry”. Ex director de la Casa de la Cultura de La Tebaida. Fotógrafo Profesional. Lector asiduo.

Con la vieja carabina Winchester, Silverio De La Cruz pescaba bocachicos y jetudos en las cristalinas aguas del río Espejo. No fallaba disparo; mientras tanto Rupertico, con solo seis años de edad y un peón de nombre Adriano, corrían raudos al regadero a recoger las presas que vadeaban aguas abajo chapaleando, plateando y destilando un leve hilillo de sangre de las testas perforadas por las balas de Parque la U. Uno y otros disparos atronaban en la comarca, espantando garzas, bandadas de bulliciosos loros, guatines, nutrias y otros habitantes del bosque.

—¡Espere mijo que ahí va el otro!

Así pescaban, unas veces tres, otras cuatro y hasta cinco para el consumo familiar. Silverio ensartaba la pesca en guascas. A Rupertico le colgaba a su espalda el de mayor tamaño, reía exclamando:

—Je, parece al jombrecillo de la jemulsión de escó —Adriano que admiraba el arma, se ofrecía para llevar la vieja Winchester.

Subían por el sendero que bordeaba el potrero de la vaca holstein y del caballo Lucero, que husmeaban curiosos y los seguían hasta la puerta de trancas que daba ingreso al patio de la casa. En la cocina depositaban la pesca en el aparador para que Rosario, esposa de Silverio, ante la curiosidad de sus cinco retoños, todos menores, preparara los pescados, depositándolos en olla de barro, llevándolos luego a la alacena que estaba empotrada en una esquina de la cocina.

Silverio De La Cruz se apresuraba a ocultar la vieja Winchester dentro de una tapia con puerta falsa acondicionada para tal fin; que disimulaba con una repisa donde colocaba los frascos de específico, el azul de metileno; otros remedios para el ganado y algunas herramientas de mano.

Las pescas con la vieja Winchester las realizaba esporádicamente, en temporadas de subienda, con demasiada precaución por los riesgos que esa práctica implicaba. Ser portador de un arma de esas características sin salvoconducto fue, es y será, ilegal en este país. Silverio De La Cruz se justificaba de portarla por su condición de campesino, con el deber y la obligación de salvaguardar a su grupo familiar. Pues se rumoraba del ‘Mosco’, ‘Desquite’ y ‘Sangrenegra’ y otras chusmas.

Ante esas amenazas había que estar prevenido.

Para Silverio De La Cruz, su vieja Winchester era un instrumento de suma importancia. Además de usarla para pescar bocachicos y jetudos en el río, también la utilizaba para tumbar ciriríes y paparotes de los copos de los guamos y guayabos, cuando estos se empecinaban en comerse al vuelo las abejas de los enjambres del apiario.

Silverio De La Cruz tuvo que usar su vieja Winchester, la noche cuando los cuatreros se llevaron los siete erales que tenía en ceba en el potrero del viejo Salvador, un vecino copartidario. Ocurrió una tarde en la oracioncita; Silverio llegó a casa agitado, sudando a mares, en el preciso momento en que Rosario se aprestaba a encender la caperuza Coleman.

— ¡Je llevaron los terneros... los cuatreros je los llevaron! —Repetía Silverio. Presuroso fue al corral y ensilló el caballo Lucero. Sacó de su caleta la vieja Winchester, se proveyó de algunas balas, cabalgó, apretó los ijares de la bestia y partió a galope tendido loma arriba y se perdió pronto entre los cafetales.

Rosario, con la prole, se quedó rogando a los santos, para que a Silverio De La Cruz, nada malo le pasara y rescatara los terneros.

Silverio regresó horas después cerca de la media noche. Triunfante, así narró lo sucedido:

—Tábamos con el compae Sabas y otros paisanos jartándonos unas amargas en la jonda, cuando vimos pasar a unos tipos de a pie, arriando mis novillos, que identijiqué por las meras pintas. Unos agentes policías, que dejde hacía rato taban jahí jugando a los daos con unos tajures y tragando guardiente, vieron pasar la vacada y nada jicieron.

»Yo les pedí el javor que intervinieran pa' que no se los llevaran y me rejpondieron que me juera a jormir tranquilo, aquellos luego rescatarían mis terneros. Por eso decidí venir a enjillar a Lucero, a coger mi vieja güinchester, para ir a por mi gana'o. En cuando pasé vola'o por la jonda, ahí taban esos señores de la ley atisbándome; seguí y di

jalcance a los jorajidos, casi entrando al degoyadero del pueblo. Jice tremendo ruío, como si fueramos muchos al rescate, disparé al aire en cuatro o cinco veces, con mi jescopeta güinchester, vocijeré y grité madrazos, haciendo que los cuatreros juyeran dejando las reses en el callejón. Con cuida’o regresé arriándolas otra vez de apacá. Cuando pasé frente a la jonda, jahí taban los “aguacates” mirando como agüe-va’os, mientras que yo, corajudo, montaba mi Lucero con mi jescopeta en las costillas, arriando mis reses. Las dejé en el corral del compae Salvador, y jeme aquí, garlando la disea.

Silverio De La Cruz guardó la vieja Winchester después de aquel suceso. No transcurrieron cuatro días, cuando una tarde llegaron los carabineros a la casa. Ingresaron a través de la puerta de trancas, por el camino que conduce al río; cuando los vieron fue en el patio de cemento donde secaban el café y eso porque Mustafá y Putifar, anunciaron su visita con sus ladridos. Silverio los reconoció en el acto.

Eran los mismos que jugaban a los dados, la tardecita que se llevaron los erales. Silverio De La Cruz, quien se distinguió por ser un campesino noble, respetuoso y atento, a pesar del malestar generado por el desafortunado suceso anterior, no dudó en invitarles a que se apearan de sus bestias e ingresaran a la casa para que bebieran una limonada que ya les había servido Rosario.

—¡No señor, nosotros venimos es a conocer la vieja Winchester!
—dijo uno de los oficiales que aparentaba ser el cabo de la comisión.

Silverio, con tranquilidad, haciendo mutis por el foro, entró a la sala de la casa y, de atrás de una puerta descolgó una vetusta escopeta

de fisto. Mostrándoselas, exclamó:

—¿Será este el jierrito que vustedes buscan?

Uno de los oficiales tomó el arma, diciendo:

—¡No nos crea usted tan pendejos!, ¡nos va a obligar a rebujar el rancho, pues a eso venimos!

Sin mediar más palabras, ingresaron a la casa; esculcaron, regaron la ropa, voltearon los colchones, hurgaron hasta debajo del nido de las gallinas, en la pieza de los aparejos, el establo, la cocina, revolvieron la pila del café seco, debajo de los cafetos y en las matas de plátanos, en los alrededores de la casa. Sólo faltó que alborotaran las colmenas del apiario.

No encontraron la vieja Winchester. Advirtiéndole, amenazantes, a Silverio De La Cruz:

—¡Tranquilo, vamos a estar muy al pendiente de usted, cuide su vieja Winchester, porque si se la encontramos se va derechito a la guandoca con ella y todo! —Montaron sus caballos y galoparon camino al callejón de la vereda.

Otra escaramuza sucedió una noche de un día cualquiera, en el mes del año cuando florecen los guayacanes amarillos. Muy cerca de donde están los petroglifos de los indios, en la Playa de las Piedras; estas se tiñeron de rojo sangre.

La parcela estaba distante a un kilómetro del sitio donde ocurrieron los hechos. Eran aproximadamente las 23:45. El tableteo de las ametralladoras y los fusiles despertaron a los habitantes de la comarca. Silverio De La Cruz llevó presuroso a Rosario y a sus hijos

al subterráneo de la casa, al sitio que previamente había destinado para ponerlos en salvaguarda ante la posible eventualidad de que la chusma llegara. Sacó de la caleta la vieja Winchester y se atrincheró en el zarzo, desde donde podía otear todo el entorno, protegido por un bastión de gruesa tapia. Las balas silbaban a lo largo del cañón del río, horadando la oscura noche, perforando los follajes del bosque, los cafe-tales, platanales y guaduales. Entre tanto, quizá el vecindario estaría asegurando a los infantes, a las mujeres y a los viejos entre matas, lóbregos canalones e improvisados refugios, fuera de sus ranchos, tal vez tiritando de frío. Silverio De La Cruz con la vieja Winchester, en su refugio esperó hasta que cesó la balacera. Retornó al sitio donde estaban Rosario y los niños, asustados arrebujados en una estera. Los arropó con unas mantas, los besó y dijo:

—Parece quiubo un tastaseo entre la chusma y el ejército, Dios nos ampare —y regresó a la improvisada “garita”, hasta que aclaró el día.

Esa mañana se terció la vieja Winchester y estuvo muy receloso mientras le desgranaba maíz a las gallinas y a las palomas. Luego fue al corral, soltó el ternero y remudó la holstein y le extrajo de sus exuberantes tetas, por lo menos siete litros de cremoso líquido perlático. Fue hasta la cocina y puso la leche a hervir en el fogón de leña, al ladito de donde Rosario estaba asando las arepas y unos plátanos hartones para el desayuno. Silverio y Rosario se mimaron un ratito, dándose mutua tranquilidad, pues aún estaban nerviosos por el suceso de la noche anterior. Pronto el desayuno con calentaos, pescado frito, arepa y chocolate con queso estaba servido. Compartieron la mesa

en familia. Adriano, el peón, los acompañó un tanto retraído. Después de algunos comentarios, Silverio presuroso aperó el caballo Lucero; colgó la vieja Winchester en el cacho de la montura, cabalgó montando a Rupertico al anca de la bestia sobre las alforjas y partieron rumbo al callejón de la vereda, con la ansiedad de saber: ¿qué era lo que había ocurrido en la noche tenebrosa? En la cementera del viejo Salvador, al ladito del potrero de los erales, escondió la vieja Winchester, entre hojas de plátano. Se dirigieron al cruce de caminos, en la explanada de los botalones de amarrar las bestias. Un grupo de campesinos se arremolinaba aterrorizado, pues ahí, tendidos en el polvoriento suelo, estaban los cuerpos destrozados de siete soldados que habían caído masacrados por las balas de los bandoleros, presuntamente al mando de Chispas.

A Rupertico le quedó en su mente de niño esa trágica y horrenda imagen. Lo impresionó sobremanera la de un uniformado al que le cercenaron el rostro con una bala de fusil.

Transcurrió un tiempo y Silverio De La Cruz sacaba de la caleta su vieja Winchester, sólo para aceitarla. No faltó quien se enterara del escondite del preciado rifle y ese fue el peón Adriano: una noche se acostó a dormir, mas al siguiente día no compareció a cumplir con las faenas cotidianas en la parcela. Silverio supo el motivo de la fuga del peón en el transcurso del día, cuando fue a la ensenada de la vieja Winchester y no la encontró.

Silverio De La Cruz, con rabia y tristeza, exclamó:

—El jijueputa del Adriano se ha larga'o con una de las cosas que más he necesita'o: ¡mi vieja jescopeta güinchester!

Finalista Quindío

Sueño cumplido

Por Guillermo Salazar Jiménez

Nací en Manizales en el año de 1947. Soy profesor jubilado de la Universidad del Valle. Como investigador, asesor y docente, escribí siempre sobre temas académicos. Ahora, para mantener vigente el recuerdo de lo vivido, prolongué el gusto por la narración, sin cursos preparatorios especiales, sólo movido por el encanto de leer y escribir.

Ese día había llegado al taller de relojería de su tío antes que los compañeros del grupo musical. Su tío le enseñó a armar relojes inservibles para motivar su interés en los secretos de cómo se medía el tiempo, también apoyó su natural amor por la música clásica. Deseaba ser un excelente músico.

Pedro había sentido el ensayo lento y fastidioso, como un pesado bulto en la soñada esperanza del campesino recolector del café de las fincas quindianas. Le preocupaba la actitud del incompetente profesor que los rajó en música ese jueves y poco interés mostró en tocar su guitarra. Solo podrá ser un dictador de clases, no llegará a profesor y nunca será un maestro, pensó.

Después de la clase, se sentaron sobre el césped a conversar. Discutieron acerca de la pobre actitud pedagógica y poco profesional del profesor. Concluyeron que con la pésima nota bajarían el promedio

académico, requisito básico para seguir con la beca del colegio. Quería ser un gran maestro para compartir su ideal de aprender con los estudiantes.

—Impone su autoridad con las preguntas imposibles del examen y no por la razón del esfuerzo académico —dijo el de la bandola.

—De nada sirvieron los duros ensayos de la letra y la música —sentenció el del tiple.

Pedro se acostó sobre el prado. ¿Sería culpa mía por escribir esta canción?, ¿por programar la sorpresa, cantándola en la clase? —Se preguntaba indeciso y apenado con sus compañeros—. Espero que cuando sea maestro, los alumnos me reciban con canciones al inicio de las clases. Nunca podría castigarlos de esa manera y por causa de componer e interpretar una canción. ¡Cuánto daría por poder detener el tiempo! —se dijo. El hombre ha manejado a su capricho la naturaleza, la tierra, el agua, y el aire, hasta a sus semejantes, pero el tiempo nunca ha podido manipularlo. Si existiera un reloj que permitiera revivir el pasado, para modificar el hoy, mi tío seguramente me lo prestaría para saldar la cuenta con el profesor. ¡Nunca será posible construirlo!, cavilaba antes de quedarse dormido.

Tuvo un sueño impaciente, cercano a los linderos de una pesadilla.

Se arropó con una cobija tejida con multicolores retazos de ilusiones y un deseo: devolver el tiempo. Uno de aquellos sueños que llegan de sorpresa, desde el interior del corazón, para aliviar preocupaciones.

Sueños que se desean repetir para nunca olvidarlos y que se anhelan caminar con la palabra para perpetuarlos en el archivo de la me-

moria. Que se gozan de jóvenes y que se sueñan contar, muchos años después, en las tertulias paternales con los nietos. Se vio rodeado por cuatro atentos niños, que sorprendidos miraban un viejo reloj colocado sobre la mesa. Por encima de sus cabezas revoloteaban mariposas que aplaudían con sus alas la sonrisa de la mañana y resplandores del arcoíris iluminaban sus caras. A una pregunta del mayor de los nietos, respondió: “Lo construí con solo soñarlo. Y nunca hay mayor realidad que un sueño imposible”. Quiso explicarles, entrecerró los ojos, miró las mariposas y suspiró: “Había una vez un niño músico que construyó un reloj con el cual soñaba devolver el...”.

Observó que en las paredes del taller no cabía un reloj más, dispuestos de tal manera y con tal precisión que siempre se escuchaba música según el mecanismo del despertador. Cuando la música de estos relojes paraba, mientras buscaba herramientas apropiadas, la música clásica del reloj ubicado en el centro de la pared, sobre la mesa-taller, lo inspiraba en la tarea de reconstruir su viejo reloj. —Armar un reloj y escuchar de nuevo su tic-tac es como componer una verdadera obra musical y oírla —recordó que su tío le había dicho y lo tomó como premonición.

El tío Abel era un relojero de profesión, amante de la música clásica, corpulento y liberal, gentil, pensativo y buen conversador; gozaba de unos cuantos negros mechones de pelo. Vivía en su propia casa de dos pisos, de paredes blancas y puertas y ventanas rojas. En el primer piso habitaba y en el segundo tenía su almacén y taller de relojería.

Al ingresar al almacén había un mostrador de vidrio donde tenía

exhibidos los relojes de todo tipo, tamaño y costo. Desde el mostrador se podía ver una mesa con diferentes herramientas, cajitas de tornillos, lupas, partes de relojes, y una lámpara, cuya luz los proyectaba como sombras de conchas huérfanas en la playa iluminadas por los rayos amarillo rojizos del amanecer. A la derecha se encontraba una mesa pequeña apropiada para armar los relojes y ponerlos a funcionar. Antes de dedicarse a la relojería, siendo muy joven, había trabajado en el ferrocarril, donde sufrió un terrible accidente que lo dejó sin el brazo izquierdo, y sin la pierna derecha. “Nada se parece tanto al mecanismo de un reloj como el funcionamiento del tren”, le escuchó Pedro decir una noche. Se había sentado en la cama e iniciado el rito acostumbrado que al sobrino lo dejó sin aliento: se sacó la caja de dientes y la guardó en un vaso de agua que estaba sobre una pequeña mesa de noche; se desatornilló la mano izquierda de madera que terminaba en un conmovedor gancho de hierro pintado de un amarillo pálido y luego se zafó el estuche y las cuerdas de cuero que ajustaban a la rodilla derecha su pierna de madera. Se puso el pijama de flores y se acostó.

—Antes de salir, desconecta todos los relojes y, por favor, apaga la luz —le dijo.

—Es tan buen relojero que usted mismo se arma y se desarma —respondió Pedro.

Antes de salir para regresar a su casa, se sentó en la mesa del taller, recordó que siendo niño, a una pregunta suya, el tío Abel le había respondido que era posible encontrar el reloj que desmarcara el tiempo.

“Basta con soñar que el tiempo no avance, con soñar que el tiempo va para atrás” —le había dicho. ¿Cómo construir un reloj que permita retroceder el tiempo? ¡Que no sólo detenga el paso de las horas, sino que posibilite desandarlas!, o por lo menos que marque el tiempo más despacio, contrario al correr de estos locos días. ¿Armar un reloj que lo pueda programar para avanzar el tiempo o retrocederlo, según mis necesidades?

Colocó sobre la mesa un reloj de arena que tomó de una vitrina incrustada contra la pared del fondo del taller. Esta vez estuvo atento a cronometrar el tiempo e imaginar el mecanismo sencillo, pero certero, de medirlo. No contó las horas pero cada 15 minutos volteaba el reloj.

Sonaba esperanzado mientras veía cómo el bulbo de vidrio inferior que estaba lleno, una vez se invertía, iniciaba la caída rítmica y pausada hacia el otro recipiente, por acción de la gravedad, hasta llenarlo completamente de arena. ¿Así transcurre el tiempo en el colegio, de clase en clase, pocos profesores nos hacen pensar? —se preguntaba—.

La rutina del trabajo de los estudiantes es consecuencia del desconsuelo con el cual trabajan los profesores. Es imposible hablar con el profesor de música porque si no deja hablar en la clase, menos fuera de ella. Es arbitrario e intolerante, tal como la maleza que invade los cafetales —subrayó.

Mientras repetía el movimiento para ver fluir de nuevo la arena, pensaba que la forma de ayudar a sus compañeros era encontrar el reloj que desmarcara el tiempo. “Usándolo podría devolver el tiempo por 24 horas y, entonces, las respuestas al examen de hoy jueves las ten-

dríamos ayer miércoles —afirmó animado. Soñaba que con ese reloj podría devolver el tiempo. ¿Es el deber de ver realizada la justicia con mis compañeros? ¿Es el deseo de hacer justicia contra la intolerancia del profesor de música?, se preguntaba animado y pensativo, mientras veía caer, una a una, las pequeñas partículas del reloj de arena, antes de voltarlo nuevamente.

La banda de acero desenrollada de su viejo reloj no permitía mover el mecanismo que lo hacía funcionar. Entonces la enrolló cuidadosa pero firmemente, cambió unas tuercas y ruedas, y otras las lubricó. Extrañado observó que se desplazaba de derecha a izquierda, lo contrario de lo usual en los relojes, y por tanto se escuchaba funcionar con un sonido raro. Por último colocó sobre el eje la manecilla que marca las horas y el minuterero. Salió para su casa encantado de sentirlo funcionando.

Caminaba absorto, pensando sobre las consecuencias del examen. El grupo de tiple, bandola y guitarra que tenían montado alteraba la monotonía de las clases, hasta aquel jueves indeseable en que el profesor ordenó callar y dijo “cierren los cuadernos, ¡saquen una hoja!” Recordó cómo la clase se transformó en un espacio sin tiempo, las miradas sorprendidas y los interrogantes en los ojos de los compañeros cuando leyeron la primera pregunta. El profesor señaló con el dedo el tablero: “Tienen diez minutos para responder”.

Lo que ansiaba era escuchar la sinfonía de las canciones, aprender a ser buen maestro y sentir la música desde lo hondo del corazón. Con sus compañeros, antes de la clase, interpretaban bambucos, pasillos,

boleros y baladas. Cuando el profesor entraba al salón, no se podía hablar, ni nadie podía moverse; entonces la rutina se hacía dueña de los minutos y la melodía de los acordes se iba con sus instrumentos a otra parte. Al entrar aquel jueves, siguieron tocando y cantando porque deseaban mostrarle, en ese instante, una nueva canción compuesta durante el último mes de trasnochos forzados y ensayos por la tarde y noche en el taller de relojería. El grupo en pleno aplaudió la interpretación.

Pedro no comprendía las razones. ¿Entiende así su autoridad docente?, ¿por qué castigarnos con preguntas que ni él sabe las respuestas? Decirnos que a todos nos puso uno por el trabajo de leer las preguntas y dos al que escribió una bonita canción en lugar de las respuestas, ¿no es una burla contra nuestros sueños por la música y el amor por interpretarla?

—Sólo a un tonto se le ocurre preguntar por la fecha en la cual Stravinski compuso una tal Historia del Soldado —había comentado el tiplista—. ¡A la mierda el lugar en donde Bartok estrenó Las Danzas Rumanas!

—Algo conozco de Beethoven, sé que era medio sordo —había dicho el de la bandola—, pero ¿quién dirigió en el Conservatorio de Viena la última presentación de las Runas de Atenas: Marcha Turca? Y el regalito para escoger: escribir la 10ª estrofa del himno nacional. ¡No hay derecho, este marimacho no tiene madre! ¡No hay nada qué hacer!

A los pocos pasos, Pedro se sintió sorprendido por una fuerza desconocida que le impedía caminar normalmente. Sentía que avanzaba

poco, que lo andado lo devolvía en sentido contrario al camino de su casa; que los demás caminaban más lentamente, con gran esfuerzo. A pesar de saberse de noche, notó que había sol, los autos transitaban de norte a sur, al contrario de lo acostumbrado. “Pareciera que el tiempo retrocede. Es como si este reloj, en lugar de avanzar, midiera el tiempo despacio, para atrás. Muestra que es miércoles y sólo ensayamos los jueves” —pensó—. Paró de caminar para escuchar atento el ruido del reloj que había puesto a funcionar. “Qué raro, suena tac-tic en lugar del tic-tac acostumbrado”. Un pedazo de papel cayó cuando sacó el reloj de su bolsillo que marcaba las 7:00 de la mañana del miércoles 8 de noviembre de 1962. Atónito, colocó el reloj en su oído derecho. “No hay duda, suena tac-tic” —y trató inútilmente de acelerar su paso. Caminaba hacia atrás. Recogió del suelo la nota que su tío Abel le había entregado con las respuestas al examen de música.

No supo cuánto tardó ni cómo llegó al colegio, pero sus compañeros musicales lo esperaban sentados en el prado, al lado de la cancha de fútbol.

—Compañeros, traigo las respuestas a las estúpidas preguntas que el profesor de música nos va a hacer en el examen —dijo—. Ese pendejo va a quedar colgado de la brocha. Sintió un fuerte sacudón.

— ¡Despierte hermano! Alguien sacó los exámenes del escritorio ¡Vamos a quemarlos en aquella caneca!

Pedro se levantó, sobó los ojos con el dorso de las manos y corrió, sonriente, detrás de sus compañeros.

Finalista Medellín

Chao, tranvía

.....
Por Ramiro Hernández Restrepo

Nací en Bello, Antioquia. Me inicié en la literatura a golpes. En la escuela recibíamos regla y zurriago por cada falta, bajo el lema de que la letra con sangre entra. He sido docente en español y literatura. He participado en concursos de cuento en los que he alcanzado menciones o el segundo puesto. Entiendo la escritura como un coraje para sacarse uno la ira y la indignación, como una manera de resistir la Hidra politiquera de este país y las maneras que está adoptando lo que nos acosa.

~~~~~

*“... grandes indicios son estos del Paraíso terrenal, porque el sitio es conforme a la opinión de santos y sanos teólogos. Y asimismo las señales son muy conformes y si de allí el paraíso no sale, parece aún mayor maravilla...”*

*Cristóbal Colón, 1498, VIII.*

En aquel tiempo, como se dice en los evangelios, al principio de la vertiginosa y fanática guerra civil que marcó la llegada del medio siglo mercantilista y salarial en nuestro país, yo andaba de pantalón corto y a pie limpio, o pata limpia, como se dice.

Y ahí está el detalle.

Y porque andaba a pie limpio, y era un niño, nadie supo definir-

me lo que era un tranvía, no obstante que azoté con mis preguntas al cura, al alcalde y demás gentes de esta Villa que me retaron a verlo para poder definirlo.

Era lo normal en aquellos caballeros, unos que andaban de cachaco y sombrero, malacarosos y sectarios por el rencor difuso y la venganza partidista, otros, la mayoría, andábamos a pie porque nuestra impronta era ser libres y creíamos que era más propio que de nuestros pies nacieran alas que las cárceles de los zapatos.

Sólo que esa mística humillante y partidista de dinero, apellidos y retórica mercantil que suscitaban los caudillos en el corazón popular nunca caló en mí con buenos augurios y esperanzas.

Entonces, el lugar más importante que tenía la Villa de Medellín, era la Plaza de Berrío, que coincidía tal patronímico con el segundo apellido de mi abuelo paterno que me sonaba como a berrido de marrano martirizado para la noche buena, y tenía una fragancia soñolienta a café, tabaco y naftalina apologética que me cimbraba las entrañas.

Aquel día la lluvia había dejado la plaza casi vacía y sólo quedaba gente bajo los aleros de los cafés, salones de juego y sastrerías en los que nunca me habían dejado entrar.

De pie en el umbral de la garita del Tranvía, Bolívar con Boyacá, vi que las luces de la ciudad comenzaban a encenderse, y también mi esperanza. Y aspirando el aroma desconsolado de mi saco empapado, sonreí, sin creer de verdad, como si me hubieran relatado un cuento ya escuchado e inverosímil, tal como que los tranvías volaban y aparecían de improviso de entre de la neblina luctuosa.

Pero ¿qué podía hacer, por la otra, con cinco centavos que me ha-

bía encontrado en medio de una pila de cagajón? Pues montarme en el tranvía.

De modo que me aposté en la chambrana que rodeaba la garita del tranvía en la que a esa hora no se atendía, pero tampoco había más pasajeros, excepto yo, que quería ver el cuerpo del tranvía y el espíritu de la provincia de Medellín, una aldeíta usurera y financista ahí, con ganitas de madurarse biche y entrar en lo *in*, en las modas europeas, sin saber que ahí mismo donde nos parábamos bien podía estar el paraíso, el Edén, tal como lo reportó Colón a sus altezas reales.

A los seis campanazos de la tarde que largaban las sonoras campanas de la iglesia La Candelaria llamando al Angelus, tuve la certeza de que al menos el último tranvía iba pronto a pasar, pero dieron las siete, las ocho, las nueve, y yo persistía en el frío de la noche, viendo pasar una lluvia fatigada, mansita, mientras crecía el frío del viento.

Una curiosa mujer de paraguas, huesuda, con faz de pájaro, me abordó por la espalda y me sopló una pregunta con aroma a tabaco mascado:

—Niño, ¿lo cogió la noche? Váyase ligerito no lo cojan las ánimas por ahí pidiendo Padrenuestros. Tranvías ya no existen, los acabaron con Gaitán.

Y uno que otro transeúnte salido de entre la neblina polvorosa se me acercó a ofrecerme dulce de arroz con cocadas para que aguantara la tembladera del frío, a la vez que advertían que ya tranvía no había en absoluto.

Llegaron las doce de la noche, la una de la mañana, y ahí persistía, haciendo un mohín de negación contra aquellas personas sin fe. Pues

quien no cree en tranvías no cree en nada.

A la una y media de la mañana vi sombras que se escabullían y se arropaban entre nieblas, y hasta gatos furtivos entre las luces de los faroles públicos y los rieles del tranvía que transcurrían a todo lo largo de la carrera Bolívar y se curvaban delante de la iglesia de La Candelaria. Me santigüé, de modo que fui a recostarme muerto de sueño bajo el dintel del quiosco de control, pero con un solo ojo, porque con el otro, como me enseñó mi tío, sorprendería la llegada del tranvía.

Nadie puede saber cuándo sucedió, porque cerca de las dos de la mañana, apareció un cocuyo haciendo un ocho titilante en el silencio de la noche, luego se oyó un quejido mecánico y poco después un resplandor amarillo y reluciente que estalló con sonido de campanilla en mis ojos, se detuvo delante de mí. Vi en las ventanillas, asomados, a algunos pocos pasajeros oscuros y desconsolados. Desde el puesto del conductor, este, con una cicatriz en la mejilla y alzando las cejas de tal manera que me parecieron cachos, me hacía señas, convidándome a subir.

Yo me quedé mirándole un ratico no más, hipnotizado, luego caí en mí y eché a correr calle abajo, gritando ¡el demonio!, ¡el demonio!

De ahí en adelante, a mí, esa visión del Tranvía no me desamparó, lo seguí viendo como un fantasma real pasando por la ciudad, horadando el silencio de la noche con su quejumbre, y su repentino escándalo de campanillas cuando se retuerce delante de la catedral y prosigue su curso por Ayacucho arriba entre casas de chambranas y palmeras reales, anticuarios, graneros, baratillos y cafés.

*Finalista Medellín*

## *Las momias*

.....  
*Por Rosa María Arroyave Martínez*

*Tiene 64 años. Desde hace 9, es “Abuela cuenta cuentos” de la biblioteca La Floresta. Le encanta la lectura y compartirla con niños, jóvenes, y adultos de distintas bibliotecas. Desde el 2014, está vinculada al laboratorio de escritura y memoria que se desarrolla en la biblioteca La Floresta.*

.....

1958, a la edad de ocho años, ocurrió una tragedia en mi casa; como a las diez de la mañana de un martes, estaba sentada en el muro que daba a la salida. Cuando mi hermano salió a la calle, unos muchachos estaban viendo algo que Octavio, el que ordeñaba las vacas, tenía en las manos: era un trabuco. Le metió unos fósforos y el arma se disparó, catorce perdigones le entraron en el cuerpo a Eduardo. Se murió. Al que le dio los tiros, lo metieron a la cárcel y pagó tres días.

Cuando lo estaban velando, lo metieron en una caja blanca y la pusieron sobre una mesa; debajo estaba el perro -Lalo se llamaba- quien aullaba y no se dejaba coger de lo triste que estaba; lloraba muy lastimero. La gente estaba aterrada y se iba, nos quedamos solos. Luego lo llevaron a enterrar. No lo hicieron en bóveda sino en tierra. Al domingo, la mamá nos llevó al cementerio, nos mostró dónde lo habían enterrado, le puso flores y se sentó a llorar.

Mientras tanto, mi hermana Luz y yo, nos metimos por las bóvedas a jugar, nos subimos por unas escalas, vimos una puerta y la

empujamos. Allí habían unas personas llenas de telarañas, con la piel seca, las uñas largas, los dientes afuera, los pelos de la cabeza largos y enmarañados.

¡Lo más aterrador que habíamos visto en nuestra corta vida!

Saltamos los escalones y corrimos a donde estaba mamá.

—¿Qué pasa? ¿Por qué vienen corriendo?

Le contamos lo que vimos en el cuarto y se fue con nosotros, nos escondimos detrás de ella. Nos dijo que eran momias de hombres, mujeres y niños. No volvimos al cementerio porque nos daba miedo.

Cuando tenía quince años, volví a ese lugar, a la exhumación de una conocida. Fue muy triste, el enterrador cogió los restos a machete para meterlos en un cajón. Pasaron los años, ya era mamá con dos hijos de cinco y diez años. Nos invitó una amiga a un pueblo de tierra fría. Cuando llegamos, la señora no estaba en la terminal de los buses para recogerlos.

Hacía mucho frío, el día era opaco. Nos sentamos en las escalas de la iglesia, desde donde se divisaba el cementerio, los niños querían conocerlo. Nos pusimos de pie y caminamos; vimos varias personas vestidas de negro, les alcanzamos y llegamos con ellas al cementerio, empujaron la portada y chirriaron sus goznes oxidados. El cementerio estaba oscuro por la neblina, sucio, lleno de maleza; los dos niños se pegaron de mis brazos, fríos y temblorosos, y la gente callada con la mirada baja no reparó en nosotros.

Llegó el sepulturero, un hombre barbado, de ropa negra, de sombrero y botas de caucho. Traía en las manos un machete, un serrucho,

una pala y un costal. Los dolientes hablaban en susurros y no se sabía si rezaban; llegamos a la tumba, estaba el nombre, la fecha de nacimiento y muerte. Quitaron la lápida y la gente hizo corrillo, los niños se metieron por entre las piernas de los asistentes a mirar. Yo, por mi parte, me quedé atrás.

El sepulturero sacó el cajón lleno de cucarachas negras, gusanos, hormigas y unas arañas grandes; olía horrible. A humedad, a podrido, a todo. Alzó la tapa, y todos dejaron escapar un grito de terror: el cuerpo estaba mojado y boca abajo, el pelo largo, las uñas largas, los dientes afuera. Los niños me lo contaron porque no quise mirar.

—Mami, las piernas son como la corteza de las palmeras y el cuerpo está pegado de esos huesos... Pasaron los minutos y el sepulturero partió con el machete el resto del cuerpo y lo echó al costal.

Nos fuimos de allí callados hacia el parque, los niños no hablaban pues estaban muy impresionados. Encontramos a la señora que nos invitó al pueblo, llegamos a su casa, nos sirvió el almuerzo pero no comimos, y por la tarde regresamos a la ciudad.

Llegamos de noche. Se cambiaron la ropa y nos acostamos. Cuando apagué la luz, empezaron a gritar y corrieron a meterse en mi cama.

Esa noche, a pesar del cansancio, no dormimos.

Ahora que recuerdo estos episodios, me da un poco de risa: mi hijo es médico forense, mi hija trabaja en tanatopraxia -arreglo de muertos-, y yo terminé siendo dueña de una funeraria.

## *¿Viste que te ibas a reír?*

*Por Ana Cecilia Aguirre Guzmán*

*Nací en 1952, en Rionegro, Antioquia. Estudié Economía y trabajé en la Federación Nacional de Cafeteros hasta que nació mi primer hijo. Este es mi primer cuento y es una historia real. Desde joven me ha gustado hacer poesía y he escrito muchas trovas. Me encanta leer, sobre todo novela histórica. Como decía en el cuento, estoy en el mejor momento de mi vida.*

A mis 62 años en la plenitud de la vida, evoco situaciones pasadas que formaron y siguen siendo parte vital de mi gesta por este mundo, y se alegra o entristece mi espíritu según el recuerdo evocado. En la “flor de la juventud” como dirían las señoras, 24 años, se asoma a mi vida el amor, en la figura de un hombre de ascendencia alemana, 1.85 de estatura, sonrisa franca, excelente sentido del humor y, ¡oh horror!, con una gran argolla en su mano. Como todo lo prohibido tiene un atractivo especial, ese tinieblo se convirtió en mi primer amor y en mi primer tormento. Fueron innumerables las anécdotas que viví por su culpa, las que en aquella época me causaron mil lágrimas, aunque ahora risas. Y algunas otras que, desde ese momento, fueron realmente jocosas. Una relación de varios años de la que desesperadamente hacía esfuerzos por salir, buscando un “clavo” que me sacara el que tenía, pues, como reza otro popular dicho, con él “no podría llegar a

ningún Pereira”. Cada vez que me presentaban o conocía a alguien, me decía: Éste será mi “salvador”, me alejará de este amor imposible; y ponía todo mi empeño en terminar dicha relación. Además, me sentía agobiada, pues me celaba como si fuera su propiedad privada, ahuyentando cuanto “clavo” nuevo veía en mi camino.

Un día, en el pueblo en el cual pasaba algunos fines de semana en casa de mi padre, una muy querida amiga me presentó a un abogado joven y simpático, al que sentí que había hechizado desde un principio.

Efectivamente, después de una llamada al tercer día de conocidos, o sea al lunes siguiente, acepté su invitación al cine en el teatro Junín.

No recuerdo la película, pues el susto de andar “jugándosela” al tinieblo obnubilaba mis sentidos. Yo vivía en el centro de la ciudad con una amiga santandereana. Las dos estábamos en la Universidad y teníamos clase de 6 a 8 a.m. y trabajábamos en jornada laboral normal. Mi nuevo pretendiente, mi posible “salvador,” llegó entonces a recogerme. Tenía en su mano una carpeta color “carpeta” café clara.

Me dice después de entregármela: Me la devuelves cuando salgamos de cine, pues es un juicio que tengo mañana a las 8. Sin duda, era un documento de incalculable valor.

El tinieblo tenía una gran moto cuyo rugido yo reconocía a cuerdas de distancia. Cuando mi nuevo pretendiente llegó por mí y precisó la importancia del documento que dejaba, sentí, en la distancia, el conocido sonido de la moto. Corriendo, lo tomé de la mano, lo hice cruzar también corriendo la nueva avenida oriental y él, siguiendo mi juego, pensando seguramente que yo corría porque era una chica muy ágil y

alegre, me acompañaba muy feliz en mi carrera. Ni se imaginaba que yo corría de miedo de que nos encontráramos con el celoso de la moto, que creo le llevaba más de 20 centímetros de altura y unos cuantos kilos de más. Ya por fin dentro del teatro, descansé y me dispuse, además de ver la película, a buscarle cualidades al posible “clavo” a ver si me desenamoraba de ese tormento. Mi nuevo admirador no se imaginaba que iba a pasar por unos de los peores momentos de su vida.

Salimos de cine a las 11 de la noche y mi querido nuevo amigo, me llevó de regreso a casa. Ni él ni yo recordamos la dichosa carpeta.

Ocupábamos, mi amiga y yo, la parte delantera de una casa antigua, en donde funcionaba una guardería de unas chicas muy queridas, que nos habían alquilado el lugar por un módico precio. Disponíamos de la zona correspondiente a la sala, en donde teníamos solo una pequeña estufa Haceb de dos puestos, y una mesa de comedor con cuatro sillas. Por una angosta escalera subíamos a una especie de *mezanine* que tenía vista a la sala, en donde en ladrillos como base, teníamos dos colchonetas que eran nuestras magníficas camas. De ese medio cuarto, salíamos a un baño, el que tenía una puerta que conducía a un balcón sobre la calle Argentina.

Al otro día del cine, nos levantamos para asistir a clase. Me encuentro, entonces, la carpeta de mi nuevo pretendiente en la sala y le digo a mi amiga: Ese documento es muy importante y seguramente mi admirador vendrá a buscarlo. No voy a la U. Efectivamente tipo 6.30 a.m., el hombre estaba tocando la puerta; le abrí y más por bruta que por educada, lo invité a pasar a tomarse un “tintico”. Él amablemente

aceptó. No se había llevado el pocillo a la boca, cuando sentimos el rugir de la moto en mi ventana. Se me paralizó el corazón y le dije: Ese que está en la puerta es un novio que tuve y es muy... muy celoso. Él respondió: No importa; yo no dormí acá. Así, que no tengo de qué preocuparme. Y yo le insistí muy turbada: Mientras le explicamos, le digo yo sobre el cine, la carpeta, etc., nos mata a los dos. Pero él no entraba en razón y repetía: No me preocupa, no amanecí acá. De pronto, siento que empiezan a abrir la puerta del garaje que era el sitio por donde entrábamos a la casa. Las dueñas de la guardería lo usaban para su vehículo, quedando, entonces, nuestra entrada abierta al personaje de la moto, quien estaba con todo el paso libre y, seguramente, ingresaría. En mi pánico le decía a mi desafortunado nuevo amigo: Es alemán, mide 1.85 y es muy celoso. Mientras tanto, lo iba empujando por la angosta escalera hasta mi cuarto. Lo metí al baño y luego salí muy campante de bolso en mano; me monté en la moto y mi amor imposible me llevó a mi oficina. Yo suponía que mi nuevo pretendiente saldría por sus propios medios y, así, terminaría ese fugaz romance. A eso de las 10 de la mañana tuve curiosidad por saber su suerte; busqué en las páginas amarillas en la sección de abogados su nombre, marqué a su oficina y me respondió una angustiada secretaria, la que me dijo que su jefe no aparecía, que la familia creía que había sido víctima de un secuestro, pues no se había presentado a una audiencia y eso nunca le habría sucedido por su gusto, pues era demasiado responsable. Sentí un terrible vacío en el estómago.

Pedí permiso a mi jefe para salir inmediatamente, guardé un bi-

llete en el bolsillo de mis jeans y tomé un taxi a mi casa. Los nervios me producían risa y susto y el taxista me miraba por el espejo un poco sorprendido. Cuando llegué, vi que la puerta del garaje (mi entrada a la casa) estaba con llave. Abrí y, temblando, subí las escalas. Encuentro a mi nuevo pretendiente (aunque ya no creo que quisiera seguir en ese plan) sentado en mi cama que quedaba casi en el suelo, leyendo una revista de Fascinación, pálido de la ira y descompuesto. Yo solo le decía: tranquilo, tranquilo, que dentro de un año, con seguridad, TE VAS A REÍR. Tengo que admitir que aún admiro la caballerosidad de dicho hombre, pues otro en su lugar mínimo me habría tomado del pelo y me habría tirado por las escalas. No, él no, muy ofuscado sí, se paró y me dijo, mostrándome un gran roto en la parte trasera del pantalón: al menos cósalo, pues intenté tirarme por el balcón, ya que no sólo estaba con llave la puerta principal, sino que me dejó encerrado en el baño, al levantar la pierna, lo rompí. Yo, muda, no fui capaz de decirle que se lo quitara, pues me lo imaginaba en calzoncillos y no me parecía lo más prudente; le dije: Bueno... Voltéese. Lo cosí puesto. Lo vi salir caminando carpeta en mano, furioso, y me dije: No lo volveré a ver; qué romance tan fugaz tuve. Salí luego a la casa de Marta, otra amiga, con la que lloré de risa y nervios, reviviendo el episodio.

La vida pasó. Al año siguiente mi primer amor, mi amor imposible murió. Lloré y lloré, pero me recuperé. Tuve, además, en la misma época, una cirugía de cadera, que me causó una incapacidad de cuatro meses, los que pasé en la casa de mi padre. Debía permanecer en posición horizontal sin sentarme. Allí transcurría el tiempo leyendo

y viendo televisión. Estaba un día de tantos, solamente acompañada de una empleada de la casa muy querida, cuando tocaron el timbre de la puerta. Ella salió a abrir. La cama de mi cuarto quedaba de frente a la puerta de entrada; escuché que la empleada saludaba y decía: Bien pueda, pase. Pensé que alguna compañera del colegio venía a visitarme. Quedé entonces lívida, viendo al personaje que parado en la puerta de mi cuarto, con una bolsa en la mano del color de la carpeta que inició este rollo, me miraba con autosuficiencia, pues yo estaba tendida en la cama y él se veía gigante parado, el personaje, que un año atrás yo había dejado por más de 4 horas encerrado en un baño, dijo: Por ahí me contaron que te estabas muriendo y pensé; no puedo perderme este suceso y acá estoy. Con una gran sonrisa, se acercó, me entregó unos pastelitos de gloria que llevaba en la bolsa. Yo, lo único que alcancé a decir, además de un “gracias”, fue: ¿VISTE QUE TE IBAS A REÍR?

*Finalista Cali*

## *La Victoria Regia*

*Por Carlos Álvarez León*

*Aficionado a la lectura desde niño por el ejemplo de mis padres. Mis cuentos, casi todos, tienen una base real aunque provengan de la ficción. Tengo estudios universitarios superiores aquí y en el exterior. Soy aficionado a la navegación de altura en botes que he construido y he hecho cruceros de altura. Amante de la naturaleza. La Victoria Regia la escribí a raíz de una experiencia personal en las selvas del Putumayo.*

---

Por dos largos años lidié los caminos de la selva. Mi trabajo para un organismo internacional como etnólogo era de elaborar un informe e identificación de asentamientos indígenas y colonos, previamente a la llegada de expertos en planes de desarrollo o antropología, en lugares apartados. Para llegar, tenía que caminar largos trechos, o navegar por ríos y caños, algunos infestados de pirañas y temblones.

Aquel día me dirigía a un conglomerado de “blancos” en conflicto con los nativos, hecho por demás frecuente, en un sitio alejado de la civilización. Así que tomé, junto con los guías, una de esas trochas que en algunos tramos había que despejar a punta de machete.

Habiendo caminado varias horas con el grupo, nos detuvimos para descansar y tomar un refrigerio. Entre tanto, aproveché para alejarme un corto espacio porque de improviso me atrajo la más bella flor del Amazonas: la Victoria Regia.

Flotaba abierta y majestuosa en un charco detrás de la maleza enmarañada, que no fue obstáculo para abrirme paso y contemplarla desde la orilla. Lo que nunca imaginé fue que esa imprudencia atrevida sería la causa de la mayor pesadilla de mi vida.

Deslumbrado contemplando la flor, me dispuse para volver al grupo, pero perdí la orientación, quedando en el más absoluto desamparo.

Después supe que mis compañeros me buscaron frenéticamente por muchas horas ese día y los posteriores, en comisiones con perros que perdían el rastro en las vertientes. Había sido advertido del peligro de apartarme siquiera un poco cada vez que emprendía una travesía parecida.

En el sitio de descanso había dejado mi mochila con mis pertenencias, incluida la brújula y el GPS, indispensables cuando salía de comisión, de tal manera que mi indefensión era total. Con el sol no podría haberme orientado por lo tupido del follaje, pues los árboles alcanzan 50 metros de altura, y los ruidos de la selva y de la fauna ahogaban cualquier grito de auxilio. Se escuchaba un concierto de sonidos que se apropiaba del ambiente, donde la voz humana era silenciada sin compasión por semejante sinfonía. Las primeras horas fueron desconcertantes, apoderándose de mí un sentimiento de impotencia sobrecolector.

Corría de un lado a otro tratando de contactar a los baquianos, como si un niño se soltara de la mano de su madre entre una muchedumbre indolente.

Así transcurrió el primer día. Al caer la noche, vencido por el can-

sancio, busqué un sitio para dormir en el suelo de un barro rojizo y hojarasca húmeda. Trataba de tranquilizarme, pero no lo conseguí porque mi mente me atormentaba con recriminación y baja de la autoestima. Me asaltaba el miedo a las fieras y, sobre todo, a las serpientes; había oído relatos sobre varias especies de ofidios que infundían temor y aversión: constrictoras, pudridoras, paralizadoras y de otras especialidades.

En la madrugada del segundo día, mi cuerpo tenía por todas partes picaduras de insectos que me atormentaban continuamente. Esa mañana comenzaron a inflamarse.

Me incorporé para buscar agua que encontré en las hojas de una especie de palma, limitándome a tomarla por gotas que escurrían directamente en mi garganta. Por fortuna, conocía algunos secretos de la manigua que me había revelado la experiencia.

Caminé buscando las huellas de lo andado. No sentía hambre, estaba obsesionado por encontrar la trocha inútilmente. Llegó la noche y busqué un sitio donde esperar el día. Con hojas, como pude, hice un lecho improvisado. Bien avanzada la hora, quedé dormido por agotamiento. El sueño no duró mucho porque un extraño zumbido parecido al de un radio receptor cuando pierde sintonía, me despertó con sobresalto; no era para menos, pues sentí que a pocos pasos, pasaba una nutrida procesión de hormigas tambochas, dejando una huella de devastación por la maleza. Me alejé de aquel ejército al borde del pánico, caminando en la oscuridad, sin rumbo, tropezando y cayendo a cada paso. Estaba enterado de la ferocidad de aquellos insectos que

iban devorando todo en su avance sobrecogedor; los había observado en otras ocasiones cuando cruzaban el rumbo que llevábamos deteniendo nuestra marcha.

A partir del quinto día, fui dominando mi estado de ánimo, decidido a luchar por la vida contra las fauces de la vorágine. Después de tanto andar encontré una quebrada de caudal menor, lo cual me reconfortó porque una vertiente pequeña conduce a una más grande y, generalmente, a sus orillas se asientan los humanos. Mientras divagaba en esas deducciones de consuelo, sentí de pronto un dolor en el brazo izquierdo que iba en aumento. Esa tarde descubrí que tenía una herida infectada, que supuraba y me generaba un dolor intenso, que llegaba a los ganglios inflamados de la axila. Al cabo de dos días, la fiebre y el dolor me postraron; quedé rendido al pie de un tronco infestado de unos gusanos blancos; ahí pasé la noche semiinconsciente. Al amanecer, constaté con pánico que mi brazo enfermo estaba invadido por los bichos del tronco. Tal fue el impacto, que volví a quedar sin sentido, creyendo que me estaban devorando vivo.

Al recobrar me, asombrado comprobé que la herida infectada había sido “lamida” por ellos con claros indicios de que comenzaba a sanar con el pasar de las horas. La fiebre comenzó a ceder y la lesión a cicatrizar casi mágicamente, librándome de una gangrena fatal.

Recordé entonces esta historia, de los relatos que hacían los indios conocedores de los secretos de la selva, pero jamás se me ocurrió que a mí me tocaría vivirla un día.

En medio de mis sufrimientos, aquella curación “milagrosa” me

reanimó para continuar mi lucha, sin imaginarme que aún faltaban más sorpresas que se ensañarían con mi absurda condición.

Al décimo día escuché el rugido del jaguar que seguramente venía siguiéndome de cerca. Tomé las precauciones que tenía a mano, armándome con un garrote en caso de ataque del felino, que por fortuna no se le antojó hacer de mí su cena. De todos modos era una pelea perdida.

Cuando podía, recogía los frutos mordisqueados que arrojaban al suelo los monos desde los árboles, y yo recogía como mendigo hambriento, pero así eliminaba el riesgo de comer una pepa venenosa. Me alimentaba, además, con otra especie distinta de gusanos amarillentos y gordos de cabeza roja, llamados jojoys, que gracias a aquellas mismas historias escuchadas una y otra vez, había ido asimilando inconscientemente con repugnancia, sin saber que un día me iban a salvar la vida. Los encontraba en los árboles podridos caídos en el suelo al levantar su corteza.

Un día en la maraña, una gran sorpresa iluminó mi rostro: caminaba sin dirección, cuando mi corazón palpitó como un tambor: encontré restos de mi toalla que llevaba de costumbre en el hombro, y minutos antes de perderme había utilizado 12 días antes. Ahí mismo, a un costado, en el charco detrás del matorral, ¡hermosa!, ¡arrogante!, ¡seductora!... como una mujer bajo la lluvia, ¡la Victoria Regia! Entonces comprendí todo:

Había caminado todo el tiempo en círculos sin saberlo, como si la espesura en su laberinto indescifrable quisiera repetirme la carnada.

¡Jugarretas de la selva!

Fue entonces cuando escuché voces en dialecto cofán de indios que transitaban por la trocha. Camino a casa, más muerto que vivo en una camilla improvisada, ellos me hicieron entender lo que faltaba: ¡la selva me quería para ella!

Historias en Yo Mayor no sólo es un concurso de cuento y narración oral, es un motor de memoria colectiva que ofrece a todas las personas mayores de 60 años de Bogotá, Cali, Medellín, el departamento de Quindío y la región de Montes de María, la posibilidad de recordar. Pero ése no es su objetivo principal, detrás de los cerca de 900 participantes que escribieron sus cuentos o narraron sus relatos, se esconde un gran tesoro.

Se trata de entregarnos como sociedad, a niños, jóvenes, adultos y generaciones venideras, el regalo de ejercer, en medio de un mundo lleno de datos y fechas, nuestro derecho inalienable a no olvidar, a imaginar, a ser narradores de nuestra historia, a no dejar escapar esos relatos que constituyen un patrimonio cultural invaluable para Colombia.

En alianza con:



CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE - Instituto Distrital de las Artes



Alcaldía de Medellín

